CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

LOS HIJOS DE LAS TINIEBLAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



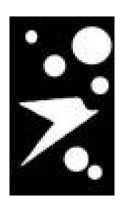

La conquista del
ESPACIO

RALPH BARBY

LOS HIJOS DE LAS TINIEBLAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 659

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal B 1.399 - 1983
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: marzo, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del

autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

CAPITULO PRIMERO

Cy Sherman hizo chirriar las ruedas de su deportivo «Porsche» cinco litros, al girar noventa grados para introducirse en el recinto de las Naciones Unidas, ubicado entre las calles 42 y 48 de Nueva York, frente a las aguas oscuras y contaminadas del East River.

—¿Su pase, por favor?

Cy Sherman sacó el tarjetón de plástico verde que llevaba escritos unos signos y unas perforaciones que le delataban como producto de una complicada computadora del control de seguridad.

Obtener aquel tarjetón de plástico verde le había costado mover muchas influencias y mil dólares encima, debía aprovecharlo. Ser un reportero independiente tenía sus problemas y sus gastos, pero las compensaciones eran grandes cuando la noticia merecía la pena. El ser libre evitaba que sus noticias especiales fueran devoradas rápidamente por las grandes agencias informativas a cambio de un simple salario. No, Cy Sherman prefería jugar con fuego. Pedía fuerte y si la noticia merecía la pena, la vendía muy bien, lo suficiente como para que sus colegas de la Prensa asalariada le miraran con envidia. Ellos ya no eran periodistas, decía Sherman un tanto socarrón; eran burguesitos sin voluntad, con mujer, niños, *cottage* y perro.

Cy Sherman no conocía la vida pacífica. Siempre andaba metido en líos y de muchos de ellos había salido vivo por puro milagro. Algunos, entre dientes, gruñían: «Pronto llegará tu día, Cy Sherman.» Mas, ese día no llegaba y Cy Sherman, a sus treinta años vivía vertiginosamente, apurando los segundos, aunque hacia un mes, todo un mes, que no conseguía vender a las grandes agencias lo que él llamaba un «megatón», equivalente a «notición» en el argot de la Prensa.

—Pase, señor Sherman.

El vigilante de la puerta, tras colocar la tarjeta de plástico verde en la pantalla de control, le franqueaba el paso. Según la computadora de control, todo estaba en orden.

Pisó el acelerador. Con gran ronquido, el «Porsche» cinco litros se introdujo en el recinto de la ONU.

El día había resultado algo lluvioso. Una lluvia fina y persistente había mojado los parterres siempre verdes y cuidados del recinto. Al anochecer, la lluvia había cesado, pero el cielo neoyorquino

seguía encapotado con nubes bajas. Ello, unido al *smog* de la polución atmosférica, contra la que tanto se había luchado sin éxito, impedía ver las crestas de los gigantes de acero y cemento, Empire State Building, RCA o el modernísimo Black Building, el edificio más alto de la Tierra, edificado frente a Battery Park, la última y más espectacular obra de arquitectura e ingeniería de la humanidad, terminada en el año 1982.

En aquella noche de finales de mayo, el recinto de la ONU tenía una guardia muy especial. Se había triplicado el número de vigilantes y a ellos se había unido un grupo de enviados de la NKVD soviética, la Sureté francesa, Scotland Yard y por supuesto el FBI.

Todos temían que la citación de aquella noche en el piso veintisiete pudiera convertirse en la broma del siglo.

Pese al máximo secreto con que se había llevado todo el caso, los curiosos se congregaban en la calle.

—¿Para qué se reunirán esta noche en sesión especial? —se preguntaban todos.

Abandonó el automóvil en la zona de aparcamiento y pasó al edificio principal. Nuevo control de seguridad. No pasaría nadie que no estuviera preparado para ello.

Pronto escuchó voces en los más diversos idiomas del orbe. Algunos hablaban en murmullo apenas audibles, otros reían. Estos últimos eran los que se tomaban a broma aquella cita en la ONU, hecho por no se sabía qué sujetos, pero todos los presidentes, jefes de Estado y reyes de tos países de la tierra habían recibido la misma invitación por sus líneas directas telefónicas.

—Todo una broma, seguro —repetía sir Herald cerca de Sherman mientras se dirigía al ascensor.

—¿Y qué más da reunirse por un asunto u otro? —se reía el embajador francés—. Siempre estamos metidos aquí dentro.

—Camarada Grosenko —preguntó uno de los escasísimos periodistas que habían podido conseguir una invitación para aquella reunión especial—. ¿Usará su derecho al veto?

—*No coment* —respondía con voz agria el soviético—, *no coment.*

—Hola, colega. ¿Qué tramoya os traéis entre manos los imperialistas con esta reunión de urgencia?

Cy Sherman se volvió. A su lado estaba el representante de la Prensa estatal soviética.

—Eso mismo iba a preguntarte yo, porque seguro que habéis sido los soviets. ¿Qué va a ocurrir arriba?

Sherman y Goriev se conocían bien. Ambos eran dos expertos de la Prensa internacional, militando cada uno en su bloque respectivo a uno y otro lado del Telón de Acero.

Cy tenía el cabello rubio, abundante y lacio. Frente muy amplia, despejada y ojos grises. Resultaba alto y un tanto delgado, pero la amplitud de sus hombros hacía comprender a simple vista que era un hombre atlético.

Por su parte, Goriev también era fornido. Pesaría unas veinte libras más que el propio Sherman, siendo de una altura similar. Lucía un grueso bigote con guías caídas y su cabello era rizado, negro pero no abundante, pues tenia unas entradas de calvicie muy pronunciadas. Ojos oscuros y dientes pequeños con colmillos agudos como lobo de estepa siberiana. En sus labios finos campeaba una sonrisa eternamente cínica.

—Bien,vayamos arriba.Veremos quién miente, colega.

Sherman y Goriev se odiaban cordialmente, aunque muchos que les conocían habían llegado a la conclusión de queen el fondo se estimaban, lo que nadie había podido comprobar todavía y por tanto faltaba demostrar.

La sala de reunión contenía ya a gran parte de los miembros allí citados, un representante de cada país y algunos periodistas como observadores. Todos los países habían enviado a la reunión a sus representantes y a algunos periodistas, pero no creían que fuera a ser un suceso realmente grave.

Sherman y Goriev, como vigilándose mutuamente, pues ambos eran dos expertos de la noticia, se situaron juntos y aguardaron mientras la puerta de la sala se cerraba. Según la computadora de seguridad, todos los que debían asistir a la reunión habían llegado ya.

—Ahora, ¿quién será el que dirija la orquesta? —preguntó Sherman.

De pronto, la luz de la sala se apagó sumiéndola en la oscuridad. Se cortaron los murmullos por un segundo para luego reanudarse, aumentando de potencia.

—¿Se habrán fundido los plomos? —preguntó Goriev—. No me extrañaría, este edificio está construido con material imperialista.

—Vamos, gorila, no gruñas.

—Me llamo Goriev, no gorila, yanqui.

—Dejemos de discutir. Si algo raro tenemos que presenciar esta noche, ese algo ya empieza a ocurrir. Es inaudito este apagón. Este edificio tiene generadores propios para casos de avería y automáticamente se ponen en marcha.

—Pues la luz no se hace —sonrió Goriev al tiempo que encendía un fósforo—. Me temo que la Embajada de mi país va a enviar una nota de protesta por esta broma de mal gusto.

—Las linternas no funcionan —advirtió alguien.

Pronto se dieron cuenta de que nada que fuese eléctrico funcionaba. Sólo fósforos o mecheros de gas dejaban ver sus pequeñas y débiles llamas, insuficientes para cortar el nerviosismo general que iba en aumento entre los doscientos seres encerrados en aquella sala del piso veintisiete.

De súbito, Cy Sherman se levantó de su silla y más por intuición que por visión corrió hacia los grandes ventanalessorteando mesas y personas, aunque algunos resultaron empujados por su casi tempestuoso avance.

—¡Silencio! —pidió con su voz potente y varonil.

Goriev, que había corrido a su lado tratando de averiguar lo que a su vez había podido descubrir el periodista norteamericano, preguntó:

—¿Qué vas a decir, colega, algo que corte la inminente histeria general?

Cy Sherman no le contestó directamente.

—¡Silencio, miren por los ventanales! No hay ni una sola luz en toda la ciudad, ni siquiera las de los faros de los automóviles por las calles. No hay luz eléctrica en parte alguna. Cálmense y cuiden sus mecheros o fósforos. Por ahora es lo único que les va a dar luz para que no se rompan las narices.

—Muy americano lo que acabas de decir —aplaudió Goriev socarrón. Además de fornido, era un hombre agudo e inteligente.

—¡Mira allá!

A la indicación del- norteamericano, el soviético miró a través de las cristaleras. Parpadeó incrédulo.

—Si parece...

—Anda, dilo de una condenada vez. Un platíbolo volador, un

objeto volador no identificado que se acerca hacia nosotros.

—Parece increíble. Siempre he jurado que los platíbolos eran embustes de la Prensa internacional para desviar la atención de los lectores de los temas que convenía cubrir con grueso telón.

—Pues ya lo ves, es un platíbolo, y te advierto que también es el primero que yo veo. Toda la ciudad a oscuras y un platíbolo, con un haz de potente luz azul y seis de posición rojas en la parte inferior, se acerca a nosotros. No cabe duda alguna. ¿Habrán sido ellos los causantes del apagón?

El platíbolo se acercó al edificio, disminuyendo la intensidad del foco que brotaba del centro de la redonda plataforma base de un cono.

En la sala de la ONU, los comentarios quedaron cortados por la estupefacción.Todoslos ojos quedaban asombrosamente abiertos en dirección al platíbolo coniforme que se había detenido frente a los ventanales del piso veintisiete del edificio de United Nations Headquarters.

El aparato, con una maniobra perfecta, se aproximó tanto a los cristales que casi los rozó, dejando sólo una media pulgada de separación. Inmediatamente después comenzó a abrirse una portezuela que apenas podía notarse en la nave cuando ésta se hallaba cerrada.

—¿Apostamos a ver qué clase de bicharraco sale del interior de esa nave?

—Sherman, si esto no lo habéis preparado los imperialistas como broma, creo que es algo muy serio.

—Sí, creo que tan serio como cuando Armstrong, en elañosesenta y nueve, pisó por primera vez la Luna. Goriev, picado, replico:

—O como cuando Gagarin, en el 1961, se situó por primera vez en órbita con el «Vostok».

—No discutamos y veamos qué clase de ser viene a sumarse a esta maraña política llamada ONU.

Todos quedaron expectantes. Al fin, una figura apareció en la portezuela.

El que más y el que menos aguardaba la aparición de un ser monstruoso, extraño, que pudiera causar terror. Los labios de todos se entreabrieron por la sorpresa.

Ante ellos, un ser con aspecto de terrestre. Bajito, como de metro cincuenta, delgado, con cabello albino, boca pequeña y dientas diminutos que casi podían confundirse con las encías. Vestía traje gris, camisa y corbata. No era elegante pero sí matemáticamente correcto. En su rostro destacaban unas grandes gafas oscuras de montura gruesa que cubría por completo sus ojos y cejas incluso.

—Un enano —opinó Goriev, que al igual que Cy Sherman rozaba los dos metros.

—Y fíjate qué orejas tiene. Un poco grandes, ¿no te parece, colega?

El soviético asintió. En efecto, aquel pequeño y extraño personaje que acababa de salir del interior del platíbolo teníaunas orejas nada comunes. Grandes y puntiagudas como las de un murciélago.

—Si no lleva disfraz, es obvio que no pertenece a la Tierra —aclaró Sherman—. Un tipo semejante no lo tenemos especificado en los catálogos de antropología.

El ser se sabía observado, quizá por ello permaneció unos instantes quieto. Sacó una especie de pistola algo abultada y muy brillante y oprimió un pulsador colocado en la parte posterior de la misma.

Del cañón del arma brotó un rayo lumínico que fue a estrellarse contra el gran cristal de la ventana, reflejándose en él con un gran resplandor que cegó a todos los presentes, obligándoles a protegerse los ojos con los antebrazos.

Cuando volvieron a abrir los ojos vieron un gran boquete en el cristal que se había derretido. A través del boquete se filtró el enigmático personaje que salió de la nave pasando al interior del edificio de la ONU.

CAPITULO II

—El arma que trae no es nada nuevo —opinó Cy Sherman.

Iván Goriev, a su lado, ratificó:

—Sí, es un tipo de láser más o menos complicado. Ahora, veamos qué quiere tras su espectacular entrada al recinto de las Naciones Unidas.

—Mientras no pida ser miembro permanente, con derecho a veto...

—*¡Niev!* —dijo claramente Goriev. Era sabido que no había nadie como el embajador marxista para imponer el veto a propuestas y contrapropuestas.

—¡Caballeros, escúchenme! —la voz sonó algo metálica, muy estudiada, de pronunciación lenta. A un oriental le habría sonado a germano y a un occidental, quizá a tibetano. Era imposible determinar el acento de aquel sujeto—. Soy embajador de mi pueblo y deben de escucharme.

Alguien en la reunión, al que no era fácil descubrir porque el platíbolo sólo daba luz al ser que había brotado de su interior y unas yardas en derredor mediante un foco móvil de luz amarillenta, preguntó en voz alta:

—¿De dónde son, de qué planeta viene?

—Somos de la Tierra, como todos ustedes, y exigimos un lugar en ella —advirtió tajante.

Se elevaron murmullos y comentarios. El propio Goriev se atrevió a preguntar:

—Pero, ¿en qué continente residen? ¿Acaso en algún valle encerrado del Tíbet?

—No es momento de precisar de dónde venimos, el lugar en el que hemos sobrevivido por los siglos de los siglos. Mi pueblo quiere vivir como le corresponde y ustedes nos harán un sitio en la Tierra.

Cy Sherman elevó su voz inquiriendo:

—¿El apagón de luz, a qué se debe?

—Nueva York se ha quedado sin electricidad porque nosotros lo hemos querido así.

—¿Una demostración de su poder? —siguió preguntando Sherman.

—No somos seres indefensos a los que se puede aplastar. Somos

fuertes, más fuertes que todos ustedes juntos. —De nuevo se alzaron múltiples comentarios y el ser tuvo que elevar más su voz para hacerse oír—. El primer apagón de luz que sufrió Nueva York en la década de los años sesenta, según su calendario, también fue una prueba realizada por nosotros.

—No se han atrevido a dar señales de vida hasta estar seguros de su poder, ¿no es cierto?

El recién llegado respondió claramente a la pregunta de Goriev.

—Así es. Hemos seguido la historia de todos ustedes y siempre han aplastado y avasallado al más débil. El negro, primero esclavo y luego segregado; el piel roja, materialmente aniquilado como raza; el oriental, sometido por el hambre. No, no ocurrirá tal cosa con el pueblo de Yamin.

—¿Yamin? —repitió Goriev—. Por lo menos sabemos como se autodenominan.

Sherman, a su lado, corroboró:

—Es cierto, jamás he oído hablar de ese pueblo, pero es obvio que sus platíbolos hace mucho tiempo que se dejan ver. Al fin se sienten fuertes y vienen a visitarnos con ínfulas de conquistador.

—No queremos la guerra, queremos la paz, pero si se hace necesario destruiremos a todo aquel que consideremos nuestro enemigo.

El estirado sir Herald, embajador inglés, inquirió irónico:

—¿Quiere decir que podrían contra nuestro poder unificado?

—Sí. Conocemos muy bien su poder, sus misiles nucleares y misiles de protección, pero de nada servirían con nosotros y serían destruidos. Somos más fuertes, pero todavía no podemos ocupar el puesto que nos corresponde en la Tierra.

—¿Por qué? —preguntó el representante del Japón.

Mientras el yaminita comenzaba a hablar de nuevo, se escucharon algunos débiles chasquidos. Eran las máquinas fotográficas que se disparaban. Los *flash* no funcionaban, pero los que habían tenido la precaución de cargar sus cámaras con películas de alta velocidad podrían impresionar al extraño ser, el agujero del ventanal y al platíbolo que lo aguardaba y protegía detrás.

—La juventud de ustedes entre los diez y veinte años, tanto varones como hembras, en su pubertad estimulan al máximo todas sus glándulas hormonales y producen unos virus que ni sus

microscopios electrónicos pueden llegar a revelar, pero que nosotros hemos descubierto y que nos son letales, de modo que a todos los Gobiernos les serán entregadas unas vacunas inocuas en otros aspectos y que deberán disolver en grandes cantidades de agua tridestilada, tal como se les especificará en el momento oportuno. Con tales vacunas tratarán a todos los niños, varones y hembras, menores de diez años.

—¿Quiere decir que ustedes no saldrán a la superficie, es decir, a convivir con nosotros hasta dentro de diez años, cuando se haya renovado toda la adolescencia?

A la pregunta formulada por Sherman, el yaminita respondió afirmativamente.

—Exacto. Esperaremos diez años, pero mientras, los que tomamos sueros de inmunización contra el virus de la juventud de ustedes, iremos controlando la vacunación masiva y todos los niños que no estén vacunados serán eliminados automáticamente.

De nuevo, murmullos de comentarios, voces de protesta.

El embajador alemán elevó su voz airada.

—¿En qué forma van a realizar su control?

—Tenemos nuestros detectores. Todo niño que no esté vacunado será inmediatamente localizado y aniquilado. El primer año será vacunada toda la población mundial menor de diez años. En los años siguientes se vacunará sólo a los recién nacidos y todo aquel niño que no esté vacunado y sea mayor de dos años, dentro de doce meses será eliminado como un peligro letal para nosotros los hombres de Yamin.

Goriev ya no se tomó a broma todo aquello. Era evidente que estaba molesto por las exigencias y ultimátums del extraño ser.

—¿Y cree de veras que podrá eliminar a nuestros hijos, así como así?

—No podrán impedirlo. Somos muy poderosos. Lo mejor para ustedes es obedecer. No podrán evitar que exterminemos todo cuanto para nosotros sea peligroso. ¿No se dan cuenta de que les estamos dando la oportunidad para que sobrevivan? Si no les entregáramos la vacuna tendríamos que exterminarlos a todos, pero no queremos la guerra sino la convivencia.

El embajador francés advirtió:

—Primero, en nuestros institutos estudiaremos esa vacuna.

Haremos las pruebas pertinentes para comprobar que no sean perjudiciales para nuestros niños. Luego, ya hablaremos.

—No, no hablaremos luego. Obedecerán, eso es todo. . —¿Quiere decir que si nos negamos a vacunar a nuestros niños habrá guerra? —preguntó Sherman.

—Aquellos Gobiernos que se nieguen a vacunarlos sufrirán las consecuencias. Arrasaremos sus ciudades totalmente en un mínimo de tres a la primera advertencia y a la segunda, destruiremos toda la nación. Seremos inflexibles. No habrá piedad y ahora que están advertidos, aguarden a que les sean suministradas las vacunas y no intenten luchar contra nuestro pueblo. Todo sería inútil. Tenemos poder suficiente para arrasar toda la faz de este planeta.

No fue enojo lo que cundió en la sala sino ira, cólera contra aquel representante de un pueblo desconocido que trataba de someterlos amenazando con una destrucción total.

Un irlandés de dos metros, fornido y con un tórax capazde aplastar al pequeño ser, corrió hacia éste dispuesto a capturarlo, a no dejarlo escapar. De este modo podrían averiguar dónde se escondía el pueblo de Yamin estudiando sus medios y poderes que quizá no eran tantos como daba a entender aquel alfeñique.

Cuando estaba a unos pasos de distancia del yaminita, el irlandés se detuvo en seco. Alzó los brazos y enfrentado a la mirada del ser que ni siquiera se había levantado las gafas, prorrumpió en un gran alarido. Su rostro se desencajó a causa de un dolor intenso y con los brazos en alto corrió contra los cristales.

Todo el mundo quedó boquiabierto por lo que estaba ocurriendo. Era obvio que aquel ser poseía un gran poder psíquico con el que había dominado la mente del impetuoso irlandés.

Cy Sherman comprendió que el irlandés iba a lanzarse contra el gran ventanal para romperlo con su empuje y lanzarse al vacío. Se interpuso en su camino, exponiéndose a ser embestido por aquel hombre que había perdido el dominio de símismo y eraimpulsado por lamente del yaminita.

Le propinó un fortísimo puñetazo en el mentón que lo detuvo haciéndole tambalear. Luego, un rudo codazo en la boca del estómago lo obligó a doblarse hacia adelante. Por último, con ambos puños, golpeó la nuca del irlandés que se desplomó totalmente inconsciente a los pies de Sherman. En su inconsciencia

había escapado al dominio mental del yaminita.

El ser de las gafas miró a todos, desafiante. No pronunció una sola palabra más. Había quedado evidente una parte de su poder. Dio media vuelta, cruzó por el agujero del cristal derretido por él y subió al platíbolo coniforme. Penetró por la escotilla y tras cerrarse ésta, el platíbolo se fue alejando sin ruido alguno hasta perderse en la lejanía. En la sala reinaba un tenso mutismo.

De pronto, se hizo la luz. Nueva York volvió a vibrar gracias a la electricidad. Los neones centellearon, los ascensores comenzaron a funcionar liberando a cuantos habían quedado atrapados en sus cabinas.

Los faros de los automóviles se encendieron e incluso las linternas que minutos antes no habían funcionado. Nueva York volvía a ser la de antes, aunque quizá no totalmente. Ahora pesaba sobre ella, mejor sobre el edificio de la ONU que representaba a todo el orbe humano, el ultimátum de aquel alfeñique al parecer tan poderoso.

La luz hizo que en la sala se desencadenara una ola de iras y protestas contra aquel ser. Poco a poco, éstas menguaron, comprendiendo que el pueblo de Yamin era más fuerte que ellos.

Muchos fueron los que se aproximaron al cristal fundido para tocarlo con sus propias manos y constatar que no habíanvividounapesadillasinounadesagradablerealidad.

—Colega, le has salvado la vida al búfalo irlandés. De no detenerlo se habría lanzado al vacío.

—Sí, eso mismo he pensado yo. Ahora, creo que debemos preocuparnos de dar al mundo la gran noticia, pero con sumo tacto para que no cunda el pánico. Que nadie llegue a pensar que estamos al borde del fin del mundo.

—Algunos se aprovecharán de esta situación —opinó Iván Goriev—. Por supuesto, en el bloque obrero, quien haga tal cosa será castigado severamente, pero en el mundo imperialista es muy fácil que salte la chispa de la histeria cuando se sepa todo lo ocurrido aquí.

—No creo que sea conveniente hacer distinciones entre los dos bloques en que hemos dividido nuestro mundo. Debemos unirnos para luchar contra un enemigo común.

En aquel momento se acercó Krotov, un tipo delgado, con unas

grandes gafas de gruesos cristales y cabello abundante.

—Camarada Goriev, ya he tomado las fotografías con película de alta velocidad. De haber luz hubiera podido impresionar las fotografías láser en tres dimensiones, pero no ha sido posible.

Goriev,conairedetriunfo,preguntóaCySherman:

—¿Has tomado fotografías del extraño embajador, colega?

Goriev había hecho aquella pregunta porque sabía de antemano que Cy Sherman trabajaba en solitario y no le habla visto tirar foto alguna.

—No, no tengo instantáneas de lo ocurrido ni creo que nadie las tenga. El yaminita ese ha tenido buen cuidado de permanecer siempre a contraluz del foco de su propio platíbolo y me temo que a nadie le habrá salido una fotografía que pueda considerarse decente. Hasta es posible que el mundo entero, cuando mañana lea la Prensa, se carcajee y no crea una sola palabra. Si los Gobiernos acceden a administrar la vacuna de esos seres por temor a ser destruidos, tendrán que mentir diciendo que es una simple vacuna contra la difteria y contra lo primero que se le ocurra al departamento de sanidad gubernamental.

—Te crees muy listo, ¿eh?

—Lo suficiente. Quería estar presente aquí, pero con los periodistas que hay el notición no iba a ser exclusivo para mí.

—Entonces, ¿para qué has venido? —preguntó Goriev agresivo, temiendo que le hiciera una jugarreta a escala de la información mundial.

—Adivínalo, Goriev, tú que si de veras eres listo.

Cy Sherman dio media vuelta y se alejó. Las puertas habían sido abiertas y el irlandés comenzaba a recuperarse recordando apenas lo que había ocurrido.

CAPITULO III

Ling suspiraba ante el trabajo agotador que estaba llevando a cabo mientras el piloto automático de control de navegación conducía el yate *Liberty* por la costa californiana en dirección norte, bajo las primeras estrellas de aquel veinticinco de junio.

Ling, con los auriculares cubriéndole los oídos, tomaba nota de los partes radiados que le iban siendo enviados. Alargó su mano y tomó la lata de cerveza. Hacía calor dentro de la cabina de mando.

Ling era un chino de pura cepa, aunque tanto él como sus padres y abuelos habían nacido en la populosa San Francisco, pero eso sí, casándose siempre entre chinos, lo que conservaba la pureza del origen.

Cy Sherman, el propietario del yate *Liberty* y para el cual trabajaba Ling, siempre había pensado que el oriental-norteamericano era un sujeto tan eficiente como paciente, pero aquella vez ya se estaba colmando su paciencia.

Aún con el sabor amargo de la cerveza en su boca, giró el rostro hacia la cubierta. Allí estaba Cy Sherman, el patrono, en traje de baño tomando los rayos lunares que según él, bronceaban casi tanto como los del sol.

Frente a él, multitud de periódicos y revistas esparcidos por el piso de madera, revueltas con apuntes, mensajes que el propio Ling le había entregado tras receptarlos por radio, ya que Sherman estaba abonado a cuatro compañías de detectives privados que cubrían toda la Tierra con sus tentáculos, pues millones de investigadores privados trabajaban paraellas. Sherman sólo tenía que pagar una considerable cantidad mensual como abonado y podía preguntar lo que quisiera, pedir o solicitar los informes que precisase que le eran servidos por radio.

—¿Para qué querrá saber tanto de platíbolos? —se preguntaba Ling que comenzaba a pensar que su jefe se había vuelto loco. Quizá ni una junta de psiquiatras podría componer sus sesos de nuevo, gruñía en voz baja cuando otro radio, procedente de la compañía de investigación e información que cubría Sudamérica llegaba a sus oídos.

Dorothy y Bárbara, dos espléndidas bellezas en bikini, molestas por la escasa atención que su anfitrión les dedicaba, habían acabado

por hablar de trapos entre ellas mientras tomaban unos combinados preparados por ellas mismas, pues Cy Sherman había pedido que no molestaran al bueno de Ling.

Sherman, que hacía algunos días andaba metido de lleno en su investigación, hacía poco caso a sus amigas. Sin darse cuenta había invitado a dos a un tiempo. Esperaba que acabasen arañándose la cara, pero se había sorprendido de lo bien que charlaban.

Cy Sherman devoraba materialmente todas las informaciones sobre ovnis que llegaban a millares. La noticia sobre el extraño ser en el edificio de la ONU se había extendido por toda la Tierra.

En los primeros días se había dado un comienzo de pánico, abortado por la serenidad de los jefes de Estado de cada nación. Luego, ironías y burlas pero, como siempre, había gente en los jardines o en las azoteas de sus casas atisbando el cielo, buscando platíbolos por todas partes, dando información a las autoridades respectivas de cada ciudad, de cada país, y desde las consabidas estrellas errantes a los faroles de la calle vecina, todo eran ovnis, creando un caos entre las autoridades que ya comenzaban a estar hartas del asunto.

Las llamadas se acumulaban y para investigarlas en su totalidad, tal como se había ordenado mundialmente, habrían de pasar meses y meses. En cada nación, el departamento ocupado del asunto tenía un montón de fichas dispuestas para ser investigadas que en el menor de los casos era capaz de sepultar a un regimiento de policías.

Se había tomado la decisión de dar prioridad a los avisos múltiples y coincidentes, dejando para quién sabía cuándo los avisos aislados que aseguraban haber visto uno de los tan traídos y llevados ovnis.

No se hablaba de otra cosa en toda la Tierra, pero ya eran muchos los que se reían y otros tantos los que comenzaban a aprovecharse de la situación vendiendo refugios subterráneos prefabricados. Sólo había que efectuar un gran agujero en el jardín con una excavadora. Después, llegaba un camión gigante con el refugio, lo introducía en la tierra y se recubrían con hormigón hasta nivel del suelo. El negocio no estaba ya en vender parcelas para pasar el *weekend* sino refugios antimarcianos, aunque se sabía que no era un marciano el extraño visitante de la ONU.

Ling se quitó los auriculares y con aire de sueño fue a entregar a su patrón el último mensaje recibido.

—¡Honorable, jefe!

—¿Qué ocurre, Ling, algo importante esta vez?

—Unos cuidos cuentan una historia de platíbolos.

—¿Curdos?

—Sí, honolable jefe. El mensaje dice que en la Mesopotamia unos cablelos culdos han saclificado cinco de sus mejoles cablas, una pol cada valón de las familias que componen la tlibu nómada, pala que los dioses de los platíbolos lespeten sus vidas. Los citados cuidos viven en la llanula de Dogubayazit, junto al lago Van. Agencia MIP. Otlo cuento de platíbolos, jefe. Ya sueño con alienígenas y los platíbolos voladoles me salen pol las olejas. ¿Cuándo se le oculiláinvestigal algo más ploductivo, más intelesante y menos abulido?

Dorothy y Bárbara habían escuchado la noticia y al oír hablar del sacrificio de las cabras, se rieron. Tomaron una parte de su whisky con hielo y siguieron hablando de sus trapos.

A Cy Sherman la noticia no se le antojó tan absurda. Estiró sus cejas y puso un cigarrillo entre sus labios. Le prendió fuego y aspiró con fuerza. Luego preguntó:

—Ling…

—¿Qué, honolable jefe?

—¿Cuánto te pago al mes?

—Mil cochinos dólales, jefe —replicó sin ambages, lo que no pareció importar a Sherman que continuó:

—De esos mil dólares que te entrego, ¿darías quinientos al primer médico que te encontraras?

—¿Se ha vuelto loco, jefe?

—No, claro, no darías tus quinientos dólares, pero, ¿y si ese médico te dijera que si no tomas unas radiaciones que él puede darte en poco tiempo vas a morirte de cáncer? ¿Le darías los quinientos dólares por el tratamiento?

—Natulalmente. ¿A qué viene tanto lio?

El chino, con algo más de diez años que Sherman, más bajo de estatura, entrado en carnes, pero terriblemente ágil con sus delgadas piernas, quedó desconcertado enarcando sus cejas finas y asuradas.

—Para esos cabreros curdos es algo parecido. Ellos no darían una de sus mejores cabras a nadie. Son todo su sustento, su medio de vida. A más cabras, más riqueza. Sin embargo, han sacrificado cinco de sus mejores ejemplares como ofrenda a un ser superior a ellos al que temen. Prefieren entregar sus cabras y que sean respetadas sus vidas.

—Pelo jefe, que estamos casi en el siglo veintiuno.

—Aunque nuestra técnica avance de forma tan espectacular, siempre existirán gentes que ofrecerán sacrificio de algo en favor del dios a quien amen o teman. Esos curdos del desierto mesopotámico no mienten. Ellos si han visto los platíbolos, de otro modo jamás habrían sacrificado sus mejores cabras. Precisamente, aquella parte de la Tierra resulta sumamente interesante.

—Honolable jefe —comentó a decir, poniéndose más amarillo de lo que normalmente era—, no estalá pensando en il a Mesopotamia, ¿veldad?

—Sí, Ling, creo que allí está lo que tanto ando buscando y tú vendrás conmigo.

—Como dilían mis antepasados, antes me coito la coleta.

—No digas tonterías, Ling. Tú no llevas coleta y si no tevienes a Mesopotamia, despídete de tus mil machacantes mensuales y para el trabajo que haces, con dietas pagadas... No creo que nadie te dé tanto.

—Pelo jefe, il a la Mesopotamia pala challal con unos cablelos... Además, es absuldo. Ellos hablan visto pasal cientos de aviones, ¿pol qué hablan de saclifical sus cablas pol un plátíbolo? Al fin y al cabo, visto desde tiela, no hay tanta difelencia con un glan leactol que vuela a tles veces la velocidad del sonido.

—Es cierto, Ling. Si el plátíbolo les hubiera parecido un avión más no habrían sacrificado sus cabras, pero seguro que habrán tenido un motivo muy especial para considerar el plátíbolo como una nave de un dios o algo parecido.

—¿Y cuál es ese motivo? —preguntó el oriental yanqui entre escéptico y enfurruñado.

—Los grandes aviones evitan pasar por el macizo del volcán Ararat. De este modo, esquivan posibles corrientes de aire y bolsas. Si la navegación se hace por encima de los catorce mil metros, desde tierra no podrían distinguir si era un avión o un plátíbolo.

Lógicamente, volaría bajo.

—Está deduciendo mucho, Pely Masón —dijo socarrón, aludiendo al célebre abogado literario.

—El plátíbolo que ellos vieron sin duda se dirigiría al volcán extinto Ararat, donde según los hebreos se detuvo el Arca de Noé. Ello quiere decir que para los habitantes de aquellas tierras esa cumbre es medio sagrada, un lugar al que no puede llegar ni un diluvio porque su cráter está lleno de nieves perpetuas. Para ellos cualquier suceso que tenga relación con el volcán puede encerrar algo de sagrado y misterioso. No me extrañaría que para ellos el plátíbolo fuera el Arca de Noé y su tripulante, Noé en persona.

—Jefe, yo no silvo.

Sherman parpadeó.

—¿Que no sirves para qué?

—Los pies se me hielan muy plonto en invielno y como veo que tiene el plopósito de subil a ese volcán nevado, yo no puedo il.

—Como gustes, me buscaré a otro para que lleve las cámaras y la radio portátil. Ah, precisamente pensaba darte una prima de dos mil dólares si salía bien este trabajo, pero en fin, otro se llevará el extra.

—No tan aplisa, jefe. Búscale unas botas aplopiadas pala la nieve.

Sherman aspiró el humo de su cigarrillo. Leyó una vez más el mensaje y luego ordenó:

—Quiero todos los datos que puedas obtener sobre el volcán Ararat, un mapa de aquella zona y dos billetes de avión para Ankara.

—¿Nada más, honorable jefe? —preguntó ligeramente burlón.

—Sí, contrata por radio a un helicóptero a reacción en el aeropuerto de Ankara. Vamos a necesitarlo.

—Sí, jefe. —Miró a las dos chicas y preguntó—: ¿Qué hacemos con ellas?

—¿Habláis de nosotras? —inquirió Dorothy.

—Sí. Ling me decía que acaba de recibir un parte de que se avecina rápidamente un tifón hacia la costa californiana.

Las muchachas brincaron de sus hamacas, corriendo a refugiarse.

—Vamos, Ling, vamos, hay que llegar a San Francisco cuanto

antes.

— Ya lo has oído, Ling. Hay que poner rumbo a San Francisco.

—Sí, jefe. Mujelestemel a un tifón lo mismo que a un latón y Ling temel a los pies helados. —Suspiró—. Otla vez nodilémensajeynuncacómelecalnedecabla.¡Beeee!

CAPITULO IV

El piloto turco del helicóptero que habían rentado en el aeropuerto de Ankara tomó tierra en la aldea de Dogubayazit.

A bordo iba cargado todo el equipo de alta montaña con que Cy Sherman se había provisto para arremeter contra el cráter del volcán del monte Ararat o Agri-Dagi, como también lo llamaban.

En la aldea les observaron con curiosidad.

El jefe de policía local se acercó a recibirles hablando primero en turco con el piloto y luego en un chapurreado inglés con Sherman.

—Bien venidos a Dogubayazit.

—Ando buscando un guía experto. Pagaré bien.

—¿Un guía, para dónde, míster? "—Queremos subir a lo alto del Ararat.

El jefe de policía, rollizo y con un grueso bigote recortado, sonrió.

—Lo lamento, pero no encontrará ningún guía que pueda llevarlo a la cumbre.

—¿Por qué?

—Dígame, ¿qué va a buscar allá arriba en aquel perdido paraje donde habitaron los más egregios antepasados mesopotámicos?

Sherman mintió para no entrar en detalles ni delatar su interés.

—Estoy escribiendo un libro sobre el Arca de Noé. Segúnlos judíos está allá arriba, sepultada bajo unos cuantos pies de nieve.

—Otros han subido antes y nada han encontrado de la tan traída y llevada arca. Las gentes que habitan este lugar, tanto turcos, iraníes, armenios o diablos que viven allá donde se levantan tempestades y arremeten los truenos. No, nadie se arriesgaría a subir, ni por un millón de dólares. Sólo un hombre se ríe de los demonios y los dioses. Es un armenio ateo, indígena de aquí y que conoce la región palmo a palmo. Resiste la nieve como nadie.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Se llama Anatol, pero llegan tarde.

—¿Tarde?

Ling, tras Sherman, miró preocupado al policía turco. No le hacía ninguna gracia la idea de ascender a la cumbre de aquel volcán maldito sobre el que pesaban tantas leyendas sin un guía

aceptable que los condujera.

—Anatol fue contratado hace cuatro días por dos soviéticos.

—¿Dos soviéticos? —repitió Sherman sorprendido.

—Sí, dos soviéticos. Uno alto y fuerte como un toro y otro delgado, con grandes gafas. Se les ha ocurrido ascender al volcán para averiguar una historia sobre unos cabreros curdos, una historia que yo mismo transmití como curiosa. No creía que llegara tan lejos. Al parecer les chocó que unos cabreros sacrificaran cinco de sus mejores cabras. Por supuesto, yo no creo eso de los platíbolos que dicen, pero ellos se han empeñado en subir al Ararat donde no van a encontrar más que nieve y tormentas, pero, allá ellos, es su dinero.

—Sí, allá ellos —aceptó Sherman, molesto. Se le habían adelantado y no cabía duda de que se trataba de Iván Goriev y su fotógrafo.

Por lo visto, Goriev había tenido la misma corazonada o razonamiento que él pese a las miles de millas que les separaban.

Por supuesto, la noticia, a través de Armenia y como poco importante, le había llegado antes a Goriev que a él, poreso le llevaba cuatro días de ventaja, cuatro días que sólo el helicóptero podía acortar.

—Bien, gracias. Nos limitaremos a dar un vistazo con el helicóptero sobre el cráter.

—Como gusten, pero no van a hallar el Arca de Noé. Después de tanto tiempo, si es que alguna vez existió, ya se habrá descompuesto totalmente.

Cy Sherman, molesto, rebatió:

—No lo crea, oficial. Se sorprendería del tiempo que se conservan las cosas metidas en la nieve.

El piloto creyó oportuno indicar:

—Al atardecer será imposible volar hacia el Ararat. Será, mejor emprender el vuelo al amanecer. A partir de la una de la tarde se desencadenan tormentas peligrosas para la navegación aérea.

—De acuerdo, pasaremos la noche aquí. Por cierto, como curiosidad,megustaríacharlarconloscabreroscurdos.

—No están por aquí. Andan cerca del lago Van y no va a encontrar un coche que les lleve.

—No me es necesario un coche, con el helicóptero llegaremos en

seguida. Ya que escribo sobre esta región será bueno que me informe sobre el modo de vida de los indígenas.

Gracias a las fogatas de los cabreros curdos, desde el aire los localizaron con facilidad. No parecieron muy contentos al ver tomar tierra al vibrante helicóptero.

Cy Sherman se mostró amigable con ellos y gracias al piloto turco empleado como intérprete, consiguió que le relataran cuanto sabían sobre los platíbolos que se dirigían al gran monte Ararat, un lugar temible según ellos.

—Honolable jefe, selámejolespelal a que el guía leglese del volcán pala conducilnos a nosotlos.

—Ni lo sueñes, Ling. Hemos de ganarles la mano a ese astuto Goriev.

—Nos lleva cuatlo días de ventaja.

—Eso no es nada. Estará arriesgando el pellejo haciendo escaladas porque no tendrá dinero suficiente o no se le habrá ocurrido dirigirse a Ankara y contratar este helicóptero. Loque hemos de hacer es no descuidarnos la emisora de radio, la cámara fumadora ni las películas vírgenes.

—Y mucha lopa pala tapalnos, jefe. Aliba hace mucho flío, está todo nevado. Yo empiezo a tilital.

La noticia de los curdos era cierta y coincidía con los razonamientos que el propio Cy Sherman se había hecho. No cabía duda. En la cumbre del Ararat podía haber una buena pista respecto al extraño yaminita.

El Gobierno de cada nación había recibido la temida vacuna en unos camiones especiales que habían sido abandonados en un lugar determinado. Después, una llamada telefónica había indicado el emplazamiento exacto del camión. A los extraños seres no se les había vuelto a ver ni había habido forma de comunicarse con ellos.

A la mañana siguiente, el helicóptero a reacción, a más de ochocientos kilómetros hora, se dirigió hacia la cumbre del Ararat elevándose rápidamente en el aire.

Pasaron por el Kucuk Agri-Dagi o pequeño Ararat, mil doscientos cuarenta metros más bajo que Su hermano mayor. Al llegar cerca de la cumbre de éste, redujeron la velocidad.

—Allá van tres hombres —señaló el piloto mostrando una vertiente del volcán, repleta de nieve y hielos" eternos, una

vertiente por la cual, en el año 1848, en su última erupción, había resbalado la ardiente lava devorándolo todo a su paso.

—Aunque no se les puede distinguir claramente, no cabe duda, son Goriev, su reportero y el montañero Anatol. Por lo visto desean llegar esta misma mañana a lo alto del borde del cráter.

—Palece que ellos nos han visto también a nosotlos, honolable jefe.

—Están saludando con la mano —advirtió el piloto turco—, pero no parecen estar en ningún aprieto.

—Vamos a dar una vuelta sobre el cráter.

El helicóptero se elevó por encima del gran Ararat y Cy Sherman pudo ver el cráter, repleto de hielo y nieves que debían de ocultar múltiples cráteres inferiores por los que en su día brotara violenta la lava, las rocas y los gases sulfurosos

—No se ve nada de particular. ¿Cómo piensa investigar el lugar donde se supone está el Arca de Noé? —inquirió el piloto.

Cy Sherman se sonrió. Pensó que desde el helicóptero no podía ver bien lo que deseaba. Había que descender más hacia el interior del cráter y allí se formaban remolinos de viento demasiado peligrosos para la navegación aérea.

— Buscaremos. Ahora nos dejará sobre la cresta del cráter, cerca de donde están llegando los tres hombres. Bajaremos con todo el equipo y usted se marchará. Dentro de cuatro días, a esta misma hora, vendrá a recogernos con el helicóptero, ya que no llevamos víveres para más.

—Como gusten.

—Ling…

—¿Qué, honolable jefe?

—Ciérrate bien el anorak, vamos a tomar tierra. —Se volvió y vio un bulto humano con anorak, capucha, manoplas y gafas. De no saber que era Ling, no hubiera podido reconocerle. Sonrió y no dijo nada más.

El helicóptero voló sobre la cresta del volcán extinto para regresar al punto donde habían visto a los tres hombres que se hallaban próximos a escalar aquel lugar. En un pequeño llano, tomó tierra.

Cy Sherman y Ling, con todo el equipo protegiéndoles contra el riguroso frío de la cumbre, descendieron al suelo cargados con la

tienda de campaña, los sacos de dormir, víveres, la pequeña emisora y fumadora y las películas. El piloto del helicóptero les saludó con la mano y comenzó a elevarse.

A unas cincuenta yardas comenzaron a aparecer las cabezas de Anatol, Goriev y el fotógrafo de éste, cuando surgió lo imprevisto, lo sorprendente.

Del interior del cráter del volcán Ararat (Cy Sherman no pudo comprender desde qué punto exactamente, pues lo había creído ver todo nevado) surgió un platíbolo volador silencioso pero poderoso en su vuelo.

El helicóptero había tenido que realizar una maniobra hacia el centro del cráter para escapar a un remolino de vientos

y poder así regresar. Cuando divisó al platíbolo, ya era tarde.

Del platíbolo brotó un rayo láser que alcanzó de lleno al helicóptero, convirtiéndolo en una terrorífica bola de fuego que se precipitó al interior del cráter.

Cy Sherman, ante la aparición del platíbolo, había empujado a Ling entre unas rocas escapando a la visibilidad del guardián del platíbolo que había convertido en cenizas al helicóptero que debía sacarlos de aquel inhóspito lugar al cabo de cuatro días. El piloto turco había muerto, ya no podían contar con él.

Los otros tres escaladores, al divisar el platíbolo, habían hecho otro tanto, escondiéndose rápidamente entre la nieve y las rocaspara no ser descubiertos y aniquiladostambién.

La nave coniforme, a pleno día, se elevó sobre el centro del cráter desafiando a los más duros vientos. Permaneció unos instantes quieta, suspendida en el aire como constatando que nadie más podía estar allí cerca. Por último, con un prolongado silbido, comenzó a descender hacia el interior del cráter.

Cy Sherman se arrastró sobre la nieve para acercarse al borde interior del cráter mientras Ling, asustado, le seguía.

—Honolable jefe, ¿adonde va? Plefielo pasal flio a que me asen como al tulco ése.

El helicóptero, despidiendo humo todavía, era una masa negra de hierros retorcidos sobre la nieve, pero Cy Sherman pudo ver lo que le interesaba. El platíbolo descendió hasta el fondo del cráter. Después, casi tocando la nieve con su panza, comenzó a deslizarse en dirección norte, introduciéndose por una especie de alero rocoso

cubierto de nieve. Aquel lugar, desde el aire, era invisible, ya que sólo podía verse la nieve que lo cubría. Sin embargo, se podía penetrar por debajo como lo estaba haciendo en aquellos momentos el platíbolo vigilante y/destructor.

Cuando la nave desapareció en las entrañas de la tierra, llegó junto a Sherman el soviético Goriev que lo reconoció al instante.

—¡Sherman! ¡Hola, colega, no podías ser otro!

—Pues cuando me dijeron que un curioso se disponía aascender al Ararat para comprobar lo dicho por unos cabreros curdos, rápidamente pensé en ti.

—Esos puercos te han dejado sin helicóptero. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo mismo que tú, Goriev. Seguir adelante.

—Hum, yo tengo un guía para bajar al interior del cráter, lo cual no es nada fácil como estás viendo. Las paredes son como cortadas a pico y totalmente de hielo. Habrá que practicar rapel.

—Sí, y tu guía Anatol nos llevará a todos abajo.

—¿A todos? —se rio Goriev—. Al guía lo he contratado yo, debiste decirle al del helicóptero que te depositara abajo. Ahora no te encontrarías en un aprieto con tu compañero.

—Vas a perder mucho tiempo caminando por el cráter, Goriev, con el peligro de ser descubierto y aniquilado, en cambio yo sé exactamente el lugar por donde ha desaparecido el platíbolo.

—¿Lo sabes, por dónde se ha ido? —Si nos hacemos socios compartiremos los beneficios. ¿Correcto?

Goriev gruñó, pero extendió su mano protegida por las manoplas. Ambos estrecharon sus diestras confirmando el pacto.

—Y bien, ahora que Anatol nos guiará, ¿por qué lugar ha desaparecido el platíbolo? Abajo deben de haber docenas de cráteres menores.

—Te lo diré cuando estemos abajo, Goriev. No voy a correr riesgo de que nos olvides aquí arriba.

—¿No te fías?

—Tanto como tú de mí, Goriev —respondió cínico y astuto a un tiempo—. Ahora, hay que acampar en un lugar seguro y escondido. Si nos descubren somos hombres muertos.

—De acuerdo, descenderemos en la noche con sumo cuidado. Estudiaremos con Anatol el sitio más idóneo para el descenso, claro

que si tenemos una mejor idea del lugar donde ha desaparecido el platíbolo, nos ahorraremos camino dentro del cráter que, como verás, es muy grande.

El guía armenio se les acercó y Cy Sherman señaló unlugar del cráter. Anatol lo observó con atención y asintió con la cabeza, hablando inmediatamente en ruso, pues desconocía el inglés. Goriev tradujo:

—Dice que el sitio que le has mostrado es bueno para el descenso. Algo peligroso, pero podremos conseguirlo.

—Bien, entonces acamparemos. Comeremos y descansaremos. La noche se presenta dura para todos —indicó Sherman.

Los cinco hombres iniciaron la marcha, hollando aquellas nieves eternas con sus pesadas botas impermeables y termostáticas.

CAPITULO V

Krotov y Ling se llevaban bastante bien. Por su parte, Anatol era un tipo solitario y huraño. Como sabía que durante la noche debía de realizarse el descenso y habría peligrosidad, se durmió con una rapidez que dejó asombrado al pobre chino, cuyos dientes no dejaban de castañetear pese a que ni los astronautas que trataban de llegar a Marte iban tan bien cubiertos.

—¿Para qué quieres la emisora, colega?

Sherman respondió a Goriev claramente.

—Para que cuando averigüe lo más interesante pueda enviar al mundo mi mensaje. Así, me adelantaré a todos en la noticia.

—¿Por qué no se me ocurriría a mi traer un emisor? —Luego reaccionó preocupado—. Si conectas la emisora, esos que están en el cráter pueden captar la onda radiada y darán con nosotros fácilmente,

—No. no creo que sea el momento idóneo para enviar el mensaje. Primero hay que averiguar más sobre los yaminitas, esos desconocidos que han surgido de súbito con pretensiones de conquistadores.

—Está bien, conecta el receptor. Por lo menos nos divertiremos escuchando algo hasta que llegue la noche.

Cy Sherman puso en marcha el receptor de onda corta y manipuló en el dial hasta encontrar un boletín de informaciones. Era el de la BBC de Londres.

—Todos los Gobiernos de la Tierra se muestran cautos y silenciosos con respectó a la tan traída y llevada vacuna Yamin, pero el Reino Unido, como ya ha dejado bien claro en días anteriores, rechaza totalmente la vacuna y ningún niño británico será tratado con ella.

Goriev observó:

—Parece quelosbritánicos no dan el brazo atorcer.

Sherman opinó a su vez:

—Después de todo, el sujeto del platíbolo, salvo dejar sin luz a Nueva York, no ha demostrado suficiente poder como para que todas las naciones de la Tierra los teman.

—Sí, en cierto modo yo opino lo mismo. Estoy aquí para dar la noticia sobre esos sujetos y cuando el Kremlin descubra el

emplazamiento de los yaminitas no va a quedar ni rastro de ellos.

—Y luego, a elevar una estatua al gran Goriev, el arriesgado salvador de toda la humanidad.

—Los imperialistas sólo queréis dinero —dijo despreciativo.

—Creí que vosotros sólo queríais igualdad, comunidad. Después de todo, ni Marx, Lenin o Stalin son iguales a sus semejantes, puesto que tienen estatuas a ellos dedicadas. Una cosa se da de bofetadas con la otra.

—Los imperialistas tendríais que hacer un monumento al dólar. Es vuestro dios y sois esclavos de él.

—Será mejor que no discutamos y escuchemos la radio.

Camuflados en la cresta abrupta y circular del cráter, dejaron que transcurrieran las horas.

Al atardecer, una tormenta los cubrió materialmente de nieve. No es que hubiera nevado, sino que la ventisca había arrastrado la nieve de otros lugares para sepultarles a ellos bajo un blanco y frío manto.

Los restos del helicóptero no tardarían en desaparecer totalmente bajo las nieves eternas del Ararat. Nadie volvería a encontrarlo jamás y en la base de Ankara se preguntarían qué había ocurrido con él.

Al oscurecer, levantaron el campamento y caminando entre el doble abismo, pues a derecha e izquierda se abrían las paredes perpendiculares recubiertas de durísimo hielo, avanzaron encordados para resistir el gélido viento que los azotaba tratando de barrerlos de las heladas crestas que un día fueran fuego líquido. Al fin, llegaron al lugar idóneo para el descenso.

El montañero Anatol preparó las clavijas; había que hacer rapel.

Ling dijo:

—Yo no sabel.

—Si no sabes, te quedas aquí arriba —le advirtió Sherman.

Goriev fue el primero en iniciar el descenso y debido a sus prácticas en el ejército soviético lo hizo con soltura, los saltos fueron bastante perfectos, llegando al interior del cráter sin novedad en un par de minutos.

Krotov le siguió más preocupado y torpe. Su mochila golpeó contra las paredes, tan heladas como cortantes y ello le libró de estrellar su cara, incluidas las gruesas gafas. Al fin, consiguió llegar

abajo.

—.Vamos, Ling, ahora te toca a ti.

—Yo no sabel, tenel mucho flío. Mil dólares son pocos pol jugalse el físico.

—Por lo menos tienes un consuelo, Ling. Si te rompes las narices, no vas a tener que recoger muchos pedazos —comentó irónico, aludiendo a lo chato que era.

Sherman creyó oportuno trasladar a su mochila todo el equipo delicado dejando los víveres en la mochila de Ling.

Este saltó de una forma que heló la sangre de sus compañeros, que le vieron deslizarse por la cuerda a velocidad de vértigo y calentó la sangre del pobre Ling.

Un tirón de Anatol de la cuerda de seguridad logró frenar la caída de Ling que, junto con Krotov, eran los únicos que habían utilizado la cuerda de seguridad.

Cuando Ling se vio abajo, le brillaron los ojos y rio abiertamente.

— Es más fácil de lo que yo cleía.

Goriev, a su lado, ya recuperada el habla del susto, masculló:

—Si no llega a ser por las gruesas manoplas que llevas te quedas sin manos, condenado oriental.

En efecto, al deslizarse de aquella forma, Ling se habíacomido las manoplas reforzadas y también parte del anorak de cuyo interior había salido plumón.

El salto de Cy Sherman resultó el más perfecto.

Anatol, con una técnica más rudimentaria, más autodidacta en aquellas disciplinas del alto montañismo, bajó seguro y sin tropiezos.

Cuando los cinco hombres estuvieron en el fondo del cráter reemprendieron la marcha abriéndola esta vez Cy Sherman que sabía el lugar hacia donde debían dirigirse, ya que había visto desaparecer por él al platíbolo de los yaminitas como un enorme crustáceo bajo las rocas marinas.

Goriev, con su peso, hundió una capa de nieve que cubría uno de los cráteres menores que componían el interior del gran cráter y a punto estuvo de precipitarse hacia el interior del mismo. Sólo Dios sabía hasta dónde hubiera llegado en aquella caída hacia el centro de la Tierra.

Sherman se arrojó al suelo inmediatamente, estirando sus piernas hacia atrás para equilibrar su peso. Agarrando a Goriev por una de sus manos, lo sujetó para que no fuera engullido por la sima.

Ambos hombres se miraron en silencio. Sobre ellos, perfilado por la cresta del gran volcán, un cielo tachonado de brillantes estrellas.

Sherman tiró con fuerza y Goriev salió del peligro. Sherman no aguardó a que le diera las gracias.

—Miren, ahí está la gran entrada —indicó Krotov.

—Ya veo el platíbolo —dijo Ling—. Ahola velemos como nos leciben sus honolabiesmoladoles. Mejolcaelles simpáticos; no habelescapatolia.

—Cierra el pico, Ling, y acerquémonos con cuidado. Hemos de entrar ahí sin ser descubiertos. De momento hay un gran silencio.

No había luz. Sólo la argente luz de la luna reverberaba en el hielo y en la nieve, hacía que los cinco hombres pudieran ver, habituados ya sus ojos a la noche.

El platíbolo, unas cincuenta yardas hacia el interior y por debajo del saliente rocoso, parecía tan quieto y frío como los hielos del Ararat.

Goriev reparó en seguida en un detalle significativo.

—Ahí dentro no hay hielo.

—Deben tener climatización general. Esos seres deben de protegerse con una técnica avanzada.

—Krotov, busca un buen lugar desde el que lanzar las primeras fotografías. Esta será la gran noticia del mundo y la fotografía saldrá a través de la agencia TASS (1).

(1) Siglas de TelegrafnojeAgentstvoSovjetskovoSojusa, Agencia Telegráfica de la Unión Soviética.

Sherman no se preocupó demasiado por ello. El tenía ya preparada su fumadora y tomó unos brevísimos planos de la entrada al reducto de los yaminitas, ya que intuía que allí dentro debería filmar cosas mucho más interesantes y que asombrarían al mundo.

—Vayamos con cuidado. Si nos descublen nos achicalan como al helicóptelo —recordó Ling mirando en derredor asustado.

Krotov, para buscar un mejor plano, se introdujo bajo el saliente rocoso. Los demás le siguieron, más de pronto ocurrió la tragedia.

Se escuchó un chasquido prolongado, un chasquido que duró segundos y semejó durar siglos.

Krotov lanzó un alarido infrahumano que halló mil ecos dentro del cráter.

El fotógrafo se retorció al quedar en medio de una cortina invisible de poderosísimos rayos electrónicos. La corriente de alta tensión alcanzó de lleno al joven reportero sacudiéndolo para carbonizarlo después. Sus ropas se incendiaron en parte.

Cuando Krotov cayó al suelo, Sherman comprendió que automáticamente la cortina invisible de alta tensión se había cortado, y dijo:

—¡Todos adentro, ahora es el momento!

Goriev, Ling y el propio Sherman corrieron cruzando la mortífera línea.

Anatol, que no entendía la lengua de Sherman, se habíaquedado afuera protegido tras una roca. Miró el cuerpo carbonizado de Krotov y tuvo miedo de seguir adelante.

Tras aquella cortina de protección, cruzaron otra de aire cálido y climatización cuando comenzaron a encenderse unas luces rojasintermitentes yululabauna sirena de alarma.

—¡No escaparemos! —advirtió Goriev, disgustado y resentido por la violenta muerte de su colaborador.

—¡Quietos, arriba las manos! —advirtió de pronto en inglés un tipo que les salió por un agujero a la derecha del refugio.

En su mano portaba una pistola semejante a la que el ser del platíbolo utilizara en su vista al rascacielos de la ONU.

El sujeto tenía una gran semejanza con el visitante de la ONU, estatura pequeña, albino, enjuto. Sin embargo, vestía una especie de uniforme pardo y no llevaba gafas como las quehabíanprotegidolosojosdelvisitantedelaONU.

En aquel instante, Sherman, Goriev y Ling pudieron ver los ojos más extraños que hubieran imaginado. Eran más grandes de lo normal, verdosos y divididos en celdillas exagonales como un panal de abejas, como constituyendo una multitud de pupilas.

—¡Malditos, habéis matado a mi fotógrafo!

Goriev avanzó amenazador hacia el yaminita y éste le apuntó con su arma.

—¡Quieto! —ordenó con su voz metálica.

Cy Sherman entró en acción, salvándole nuevamente la vida.

En dos zancadas y saltando como un felino, golpeó la mano armada del extraño ser, dejándolo desarmado. Inmediatamente, le propinó un fortísimo puñetazo que lo lanzó contra una roca dejándolo inmóvil.

—Honolable jefe, el malcianopalecemuelto.

—Sí, Ling, creo que se ha partido la cabeza con la roca, pero no sabemos si es marciano o qué.

Goriev semejó despertar de una pesadilla y se preguntó en voz alta:

—La alarma está dada y si ese tipo ha muerto, nos van a ejecutar a nosotros. ¿Has traído armas, Sherman?

—No. Soy periodista y no un policía o militar, pero lo mejor será que nos deshagamos del cadáver.

—¿Cómo?

Cogió el cuerpo del yaminita como si careciera de peso y lo arrojó sobre los restos del fotógrafo soviético. De nuevo se produjo la descarga. La cortina invisible de alta tensión había sido colocada de nuevo, impidiendo el paso.

—El montañeloalmenio se ha ido coliendo —indicó Ling señalando hacia el exterior.

En efecto. Anatol corría entre las rocas buscando el lugar más idóneo para escapar del cráter. Ya tenía suficiente con lo que había visto.

—Ese tipo dará la alarma a todo el mundo —indicó Goriev.

—¿Qué importa? —inquirió Sherman encogiéndose de hombros —. La alarma ya está dada aquí dentro y como no nos escondamos vamos a pasarlo mal.

La climatización era perfecta, aunque había un exceso de calor para lo que ellos estaban acostumbrados. Estaría justo o quizá sobrepasando los treinta grados Celsius y comenzaron a sudar dentro de sus ropas.

La alarma había cesado, ya no funcionaba ninguna sirena ni las luces rojas se encendían con intermitencia. A medida que avanzaban hacia el interior de aquella gruta volcánica, veían menos hasta llegar a una absoluta oscuridad tras pasar junto al platíbolo en cuyo interior no parecía haber nadie.

—¿Dónde diablos estaremos? —se preguntó Goriev.

—Mejolselíaencendel una lintelna —apuntó Ling.

—Ni pensarlo, nos descubrirían inmediatamente. En esta oscuridad sería como decirles: «Estamos aquí» —replicó Sherman.

Siguieron avanzando tanteando las paredes, cuando de pronto escucharon un fuerte ruido metálico, un chasquido que estremeció a los tres hombres.

—Es una puerta que se ha cerrado detrás de nosotros —observó Goriev.

—Tengo la impresión de que hemos caído en una ratonera —gruñó Sherman, realista.

—¿Selán caníbales los yaminitas9 —preguntó Ling preocupado.

Goriev se apresuró a tantear las paredes, viendo que no había salida posible. Tanteando se encontró con las manos del propio Cy Sherman que palpaban la recia puerta de acero, cuyo marco estaba encajado en la roca.

— Una trampa. Me temo que esos seres ven en la oscuridad con sus extraños ojos y nos han estado observando hastaque nosotros mismos nos hemos metido aquí. Sólo han tenido que cerrar la puerta para capturarnos.

—Me molesta que me tomen por una simple bestezuela —gruñó Goriev, sacando uña linterna que encendió iluminando la extraña celda.

La roca era negra y durísima, por lo que no había que pensar en arañarla para practicar un boquete por el cual escapar. En cuanto a la puerta, resultaba demasiado sólida como para pensar en derribarla sin tener una pequeña carga de plástico como ayuda.

—Goriev, me temo que hay que aceptar los hechos y pedirle a Dios, como Ling. que no sean caníbales.

—No me importa que se me coman después de muerto, lo que sí me importa es que me maten —gruñó Goriev.

—Es necesario que sepan que somos hombres de paz y no de guerra, que no llevamos armas con nosotros.

—¿Crees que nos estarán viendo y escuchando, que tienen micrófonos y cámaras ocultas?

— Es muy posible. Son métodos muy usuales a ambos la
dos del Telón de Acero, ¿por qué no iban a emplearlos esos
seres?

—Desde luego.

—Me duele la cabeza —se quejó Ling despojándose del roto y caluroso anorak tras arrojar las manoplas al suelo.

El oriental fue el primero en llevarse las manos a la cabeza. Después, Goriev y Sherman le imitaron. El dolor fue en aumento. Ignoraban a qué era debido, sólo sabían que la cabeza les dolía más y más.

Ling, incapaz de soportarlo, se derrumbó doblando las rodillas. Sus ojos sé cerraron, sumiéndose en la inconsciencia.

—¡Maldita sea, detengan eso, deténganlo! —aulló Goriev, mas de nada le valió.

Sherman, con el intenso dolor que atenazaba su cráneo, fue de un lado a otro de aquella celda volcánica. Agarrándose a la pared con los dedos, resbaló por ella hasta caer al suelo, donde se sumió en un profundo sueño.

Goriev, a poca distancia de él. ya había perdido el sentido.

Unos pasos se escucharon al otro lado de la puerta de acero.

CAPITULO VI

Cy Sherman sintió su cerebro despejado de pronto. No había dolor en él y adquirió conciencia de que había despertado. No se le ocurrió formular la clásica pregunta: ¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy?

Recordó cuanto hiciera antes de perder el conocimiento. El platíbolo, Krotov muerto, el yaminita, la celda, la fuga de Anatol.

Sin abrir todavía los ojos, pues tuvo la impresión de ser observado de cerca, llegó a la conclusión de que no le dolía nada absolutamente.

Quiso moverse con cuidado y sólo lo consiguió con las piernas, sus manos estaban apresadas.

Abrió los ojos lentamente. La celda estaba iluminada por un foco, que a modo de linterna alguien llevaba en su mano. Frente a él habían cinco de aquellos extraños seres con ojos de múltiples iris verdosos que en nada se parecían a los humanos.

Aquellos sujetos debían de pertenecer al cuerpo de seguridad, pues llevaban armas láser más potentes que las pistolas, a excepción del que estaba más adelantado y que portaba una pistola láser colgada de una correa-cinto. Todos ellos tenían el cabello abundante y albino, magros de aspecto y bajitos. Vestían uniforme pardo y mostraban sus bocas entreabiertas con unos dientes tan diminutos que casi se confundían con las encías.

No, decididamente no parecían caníbales a juzgar por su dentadura.

Antes de que se pronunciara una sola palabra, vio a Ling que comenzaba a moverse en el suelo y a Goriev que abría ya los ojos.

Los tres llevaban algo muy parecido a una camisa de fuerza, que les inmovilizaba no sólo las manos sino también los brazos.

Forzó los brazos para desprenderse de aquella atadura mezcla de nylon y acero, pero resultó inútil.

Todas sus pertenencias habían sido registradas minuciosamente y sólo les habían dejado el calzado y los pantalones. Cy agradeció que hubiera una buena climatización.

—¿Dónde diablos estoy? —preguntó Goriev entre gruñidos.

Sherman respondió:

—Paraunateo comotúnohay diablosniinfiernos.

Goriev resopló. Adquirió consciencia de que estaba .apresado en

aquella especie de camisa de fuerza y quiso sacársela inútilmente.

Ling, que despertó también, ni siquiera lo intentó. Miró a un lado y a otro, asustado, y al ver que sus compañeros de aventuras se encontraban en las mismas circunstancias, se resignó.

—Mientlas hay vida hay espelanza, dice un plovelbio chino.

Goriev masculló:

—Yo creí que era un proverbio árabe.

—No importa de donde sea, lo que interesa ahora es lo que va a sucedemos y éstos nos lo van a decir, ¿verdad?

El que parecía el oficial del quinteto habló por primera vez y lo hizo en forma tajante.

—Si ofrecen resistencia serán exterminados. Esas son las órdenes que tengo.

—¿Y si somos buenos chicos? —preguntó Sherman irónico.

—Vamos a viajar. La hija de Yamin quiere interrogaros personalmente.

—¿La hija de Yamin, y quién es ella? —preguntó Goriev.

—Equivale a una reina para ustedes.

—¿Y Yamin? —inquirió Sherman.

—Es nuestro dios. Ahora, levántense, nos varaos. El viaje es largo.

—¿El viaje, hasta dónde? —inquirió Ling.

El oficial no respondió.

Los tres hubieron de ponerse en pie y salir con sus sujeciones de nylon y de acero que les inmovilizaban los brazos. Aquellos seres, al parecer, habían adquirido consciencia de su inferioridad física. Tanto Sherman como Goriev habrían terminado con ellos sin dificultades de no utilizar éstos sus armas.

Salieron de la celda.

El individuo del foco graduó la luz del mismo y les iluminó el camino. El norteamericano se convenció de que aquellos seres veían en la oscuridad, o por lo menos se desenvolvían en las tinieblas como ellos bajo la luz del sol.

Gracias al proyector vieron que la gruta era muy grande. Sin embargo ellos, por pegarse a la pared y tantearla, se habían metido en la celda como unos perfectos idiotas, como un topo deslumbrado por el sol de mediodía.

Por aquella amplia gruta que hacía las veces de hangar podían

desplazarse los platíbolos aunque fuera lentamente. Al fin, el foco se posó sobre una enorme pared de sólido y bruñido acero que reflejó los fotones.

La pared comenzó a correrse hacia un lado, franqueándoles el paso. Goriev opinó:

—Los platíbolos deben de salir por ahí para llegar a la entrada de esta gruta volcánica.

Al otro lado de la monumental y recia puerta de acero, con un grosor de unas cincuenta pulgadas y capaz de resistir el embate de las rocas y proyectiles, vieron una nave grandiosa que se perdía hacia el fondo. Sherman pensó que aquella sala no parecía totalmente natural. Posiblemente, los yaminitas la habrían excavado para sus intereses particulares, pues allí dentro había toda una flotilla de platíbolos que se acercaría a la veintena.

—Esto debe de ser su cuartel general.

En aquella nave no hacía falta la linterna del guía. Habían grandes focos suspendidos del techo y Sherman pensó que sedebería a alguna razón. Pronto la comprendió. Allí había gente trabajando, reparando o dejando en perfecto estado de navegación a los platíbolos.

—Son como nosotros —se sorprendió el soviético.

—Sí, Goriev. Esos mecánicos, electricistas o lo que sean, no son de su raza, sino de la nuestra.

Pasaron cerca de los platíbolos y fueron observados por algunos de aquellos especialistas, mas no hallaron amistad, ni siquiera hostilidad en sus rostros, sólo unas miradas perdidas que a Sherman le hicieron temer lo peor.

—Creo que están sometidos —dijo en voz baja.

Goriev, a su lado, preguntó:

—¿Esclavos?

—Algo así, pero sin cadenas.

—¿Les habrán lavado el cerebro?

—Eso pienso yo. Los yaminitas tienen un gran poder mental, lo han demostrado ya.

—Recuerdo al irlandés al que salvaste la vida.

—Sí, y nosotros mismos hemos perdido el conocimiento. Es posible que se deba a su gran poder mental.

—Si es así, seremos peleles en sus manos.

—No te desanimes tan pronto, colega. Ignoramos todavía hasta qué punto son poderosos mentalmente. Quizá estén captando telepáticamente cuanto hablamos o bien su poder, dentro, de lo que cabe, sea limitado. Si es así, nos queda alguna esperanza de salir de ésta.

—Yo quieto salil como sea, honolable jefe. Me siento humillado, jamás ningún antepasado mío se vio dentlo de una camisa de fuelza.

Fue inútil hacer señas con el rostro a aquellos especialistas que cuidaban de los platíbolos. Los miraban y luego volvían sus caras indiferentes para proseguir su trabajo.

Sherman supuso que aquellas grandes naves estaban preparadas para que en ellas trabajaran y habitaran aquella especie de esclavos de su raza, que a juzgar por su aspecto físico debían ser anglos, norteamericanos o germanos.

Sus captores, sin pronunciar palabra, los condujeron a una especie de andén ferroviario con un único, grueso y bien perfilado carril que se adentraba en un túnel, una galería más de aquel volcán extinto.

Paralelo al andén había detenido un pequeño tren monocarril que más parecía las vagonetas de atracción de Disneylandia.

El pequeño tren se componía de cuatro unidades, cada una de las cuales tenía dos asientos biplazas. Sherman supuso que el funcionamiento seria eléctrico, con motores independientes en cada unidad con sus correspondientes ruedas de tracción.

Los asientos eran bajos como los de un coche de fórmula uno y todo el techo y los costados estaban cubiertos por un grueso plástico transparente.

Los plásticos se elevaron automáticamente y el oficial de seguridad ordenó:

—Siéntense adentro. Vamos a emprender el viaje. La hija de Yamin aguarda.

Ling se acomodó en uno de los asientos. Sherman y Goriev lo hicieron en los dos de atrás de su pequeño vagón de cuatro plazas. Después, la carlinga plástica los encerró totalmente. Su vagón era el segundo en dirección al túnel. Los yaminitas armados se distribuyeron en las restantes unidades de aquel extraño tren miniatura que habría hecho las delicias de muchos niños norteamericanos, pero a sus tres pasajeros actuales no les hacía

maldita la gracia.

El pequeño monocarril se puso en marcha, introduciéndose en el oscuro túnel y en forma descendente. La velocidad fue en aumento.

—Debemos diligilnos al infielno. No me extlañalíavel al diablo en pelsona.

—Esperemos que este pequeño tren tenga buenos frenos —comentó Goriev—. A juzgar por las vibraciones debemos rodar a más de cuatrocientos kilómetros por hora y me hace temblar pensar que se pueden alcanzar estas velocidades en las entrañas de la Tierra.

—Esta civilización, ignorada por nosotros, parece muy perfeccionada técnicamente.

—Sí. Cuando salgamos a la superficie, ¿por dónde circularemos? Que yo sepa, nadie ha dicho jamás haber visto un tren semejante por Mesopotamia.

—Goriev, tengo la impresión de que todo el viaje se realizará por el interior de la Tierra. Los yaminitas me están pareciendo una especie subterránea.

—¿Como los mulciélagos? —preguntó Ling.

—¿Os habéis fijado en sus orejas? Son muy parecidas a la de los quirópteros.

—Es cierto —admitió Goriev—. ¿Tendrán radar como los murciélagos?

—Podría ser, por ello pueden caminar tranquilamente en la oscuridad.

—¿Y sus extraños ojos? —inquirió el soviético en medio del ruido ensordecedor que producía la rápida marcha del monocarril.

—Ignoro todavía sus propiedades, es posible que más adelante nos enteremos de ellas, pero estoy seguro de que la luz que a nosotros nos es imprescindible, a ellos no les hace ninguna falta. Por ello, bajo la tierra, estamos en inferioridad de condiciones.

—Una infeliolidad a la que añadimos estalaplesados en estas camisas de fuelza. No nos queda más que llolal, mucho. ¿Pol qué me oflecelía mil dólales más pol acompañal-le? Ojalá me hubiela vuelto soldo en aquellos momentos.

Siguieron hablando de sus posibilidades de salvación, ya qué pensar en escapar era un sueño, una utopía. ¿Volverían a ver alguna vez la luz del sol? Cy Sherman comenzaba a dudarlo y Goriev, más

pesimista, temió acabar convertido en un esclavo más de aquella extraña y desconocida civilización.

CAPITULO VII

Al fin, el viaje concluyó. Aquel tren en miniatura, de pequeños vagones con gran movilidad subterránea, quizá partiendo del principio de las vagonetas de las minas, de gran articulación debido a su escasa longitud, entró en un largo andén iluminado, por lo que Cy Sherman dedujo que allí habían hombres no yaminitas trabajando como esclavos, ya que era evidente que a ellos la luz no les hacía falta alguna.

Ling se había dormido. Sherman no estaba en situación de poder observar su reloj de pulsera, pues aquella especie de camisa de fuerza le mantenía las palmas de las manos pegadas a la espalda y manos y brazos se le habían entumecido por la incómoda posición.

—Parece que estamos llegando, la velocidad se reduce —dijo Goriev.

—¿Cuántas horas habremos viajado por las entrañas de la Tierra? —preguntó Sherman incapaz de responderse, ya que a aquella velocidad y con las vibraciones propias del pequeño tren se hacía imposible calcularlas.

—¿Quién sabe? Seis, diez, quince horas. Lo ignoro, sólo sé que estoy reventado. Esta maldita camisa de fuerza me ha dormido los brazos.

—Con las horas de viaje y la fuerte velocidad que hemos llevado, sin detenernos en parte alguna, me hace presumir que hemos viajado algunas miles de millas.

—Miles de millas, pero, ¿en qué dirección?

—Quizá nunca lo sepamos. Lo mismo hemos podido estar dando vueltas que habernos situado bajo el suelo de Moscú.

—¿Y por qué no bajo el suelo de Washington o Nueva York? No vayas a olvidarte, colega, de que el platíbolo apareció en Nueva York y no en Moscú.

El pequeño tren subterráneo se detuvo al fin y los yaminitas armados fueron los primeros en descender del mismo. Levantaron la carlinga plástica del vagón de los prisioneros y éstos salieron no sin antes avisar a Ling.

—Hemos llegado.

—¿Adónde, honolable, jefe? —inquirió bostezando—. He tenido una holible pesadilla.

—Metemo quenohasidounsueño,Ling.Vamos.

Escoltados, caminaron en la dirección que el oficial yaminita les indicaba mientras pasaban junto a complejas instalaciones en las que no se leían rótulos de «PRIVADO» ni «SECRETO». Era obvio que de allí no podía escapar ningún secreto. Toda la maquinaria e instalaciones parecían pertenecer a una factoría nuclear y Sherman no creía que se tratara de una pila atómica, aunque era muy posible que la electricidad que allí se consumía para todo fuera producto de una pila atómica subterránea.

—¿Te has fijado, Sherman? Parece que estemos en una fábrica de bombas termonucleares.

—Sí, ésa es la impresión que *-a* mí me da, y ellos tienen la seguridad de que hasta aquí no puede llegar ningún espía. Si estamos nosotros es en calidad de prisioneros. No creo que haya* forma de escapar vivos de aquí.

—¿Y para qué querrán construir bombas nucleares? ¿Es ésta la forma con la que tratarán de amenazar a nuestro mundo?

—Es muy posible, pero fíjate, Goriev, toda la técnica que se utiliza aquí no parece provenir de otras civilizaciones ni planetas lejanos. Todo sigue los métodos de nuestra técnica, es más, los rótulos están en inglés.

—Sí, es extraño. Es como si el material hubiera sido fabricado en los Estados Unidos o Inglaterra.

—O en Rusia, querido Goriev, simplemente que han utilizado el inglés como idioma comunitario aquí abajo. Seguramente todos estos hombres que trabajan aquí y que evidentemente pertenecen a nuestra sociedad, alemanes, judíos, ingleses, norteamericanos o rusos, hablarán inglés.

—Sí, creo que estás en lo cierto, pero, ¿cómo diablos habrán podido reducirlos en tal forma que trabajan y trabajan y no se preocupan de nada más? Ni siquiera se muestran furiosos por nuestra presencia.

—Sí, están totalmente dominados. Nadie los vigila y no llevan nada que los sujete. Por lo visto, la atadura de sus mentes, ese bloqueo que les habrán hecho con una especie de lavado de cerebro, es más que suficiente.

En dirección contraria vieron venir a dos hombres de edad avanzada, que Sherman juzgó serían científicos. Charlaban

animadamente con la mujer que caminaba entre ellos.

Cy Sherman tuvo que admitir que la chica era un hermoso ejemplar de hembra de su propia especie. Alta, rubia, vestía botas plateadas de media caña y una falda cortísima.

El busto destacaba erguido bajo el jersey. Llevaba los brazos desnudos y su piel debía de ser suave como la propia seda. La boca era de labios ligeramente carnosos y color cereza y los ojos grandes y un tanto rasgados le recordaban el anhelado azul celeste del cielo, un azul que allí, en las entrañas de la Tierra, no podía verse más que en las pupilas de aquella mujer.

—Eva, debes comprender que el sistema de circuitos de la computadora ha de estar a punto de...

Aquéllas fueron las únicas palabras que Sherman pudo escuchar al llegar a la altura del trío. Los dos sabios no parecieron fijarse poco ni mucho en los prisioneros, pero Sherman tuvo la impresión de que su mirada se había cruzado con la de aquella espléndida belleza, una mirada en la que había visto vida y no idiotez como en la de los otros hombres utilizados como esclavos por los yaminitas.

Sherman tenía la impresión de que, aunque fugaz, había intercambiado una mirada de inteligencia con la desconocida, que a juzgar por la conversación que llevaban debía de ser un personaje importante allí dentro.

—¿Has visto, colega? Esa chica es de las nuestras.

—¿La tendrán también como prisionera trabajando aquí abajo?

—Sería irónico que no trabajaran obligados.

—Quién sabe. Pronto desvelaremos todos los misterios. Ellos mismos se encargarán de hacerlo, a menos que nos conviertan en idiotas perennes y nos dediquemos el resto de nuestros días a barrer en estas naves la suciedad que tiren los otros.

—¿A barrer? —repitió Goriev, molesto.

—¿Acaso entiendes algo de física superior, de la dinámica atómica y sus aplicaciones prácticas? Desengáñate, Goriev. Aquí todo el mundo trabaja en algo específico. No hemos visto a nadie haciendo el zángano.

Fueron introducidos en una sala y allí les hicieron aguardar breves instantes hasta que una puerta corredera, de bruñido acero, se abrió para dejar paso a uno de aquellos seres, que se encaró con ellos observándolos fijamente con sus extraños ojos.

—Bien venidos al país de Yamin.

—Una recepción muy espectacular —objetó Sherman aludiendo con un gesto a la camisa de fuerza que les aprisionaba.

Los seres que los custodiaban, como si hubieran recibido una orden mental de aquel .que acababa de aparecer y que semejaba un mandatario entre ellos, les quitaron aquellas prendas que les habían reducido a la total impotencia.

—Me siento mejol, mucho mejol, pelo blazos no obedecel bien. Estoy como un muñeco.

Los tres movieron por unos instantes sus brazos, dormidos y doloridos.

—Esto es otra cosa. Ahora, ¿cuándo nos devolverán nuestras pertenencias?

Goriev se asombró ante la frialdad de Sherman al pedir lo que les pertenecía cuando sus vidas estaban en peligro o quizácaminaban hacia una esclavitudtotal, física ymental.

Aquel ser hizo como si no hubiera escuchado la pregunta de Sherman y dijo:

—No pueden escapar de aquí, es inútil que lo intenten. Sólo conseguirían que los exterminásemos.

—LOtendremos en cuenta, pero, ¿qué piensan hacer con nosotros?

—Lo decidirá la hija de Yamin.

—¿Y cuándo será eso?

—Pronto, señor Sherman, muy pronto.

—Vaya, al parecer conoce nuestros nombres.

—Sí, nosotros estamos informados de todo, no lo vayan a olvidar y usted tampoco, señor Goriev, ¿o prefiere que le llamemos camarada Goriev?

—Hasta ¿se han informado de nuestra ideología política?

—De todo, incluso de que Ling es su criado, señor Sherman.

—Cliado no, ayudante —corrigió el propio Ling.

—Exacto, yo no tengo criados. Ling es mi ayudante a cambio de un generoso sueldo.

—Que nunca más velé —agregó Ling tristemente.

—También sabemos que ustedes, señor Sherman y cama-rada Goriev, son importantes en su civilización. Son dos famosos informadores de sus respectivos bloques ideológicos.

Goriev y Sherman se miraron, sorprendidos. Fue el norteamericano quien observó:

—¿Acaso también tienen arriba esclavos como los que trabajan aquí debajo?

Por primera vez, aquel ser sonrió suficiente; parecía halagado.

—No vamos a explicarles cuál es nuestro poder, no obstante les recordaré que ustedes estuvieron en el rascacielos de la ONU la noche en que yo les hice una visita para comunicar al mundo de ustedes cuáles eran nuestras órdenes.

—De modo que era usted —exclamó Goriev.

—Sí. Mi nombre es Tamon y recuerdo que ustedes estaban allí en la ONU. Usted, señor Sherman, salvó a un hombre de lanzarse contra la ventana y en consecuencia de precipitarse al vacío.

—Es cierto. Tienen ustedes mucho poder mental, pero creo que no tanto como dan a entender.

De nuevo, Tamon sonrió suficiente.

—Pronto se dará cuenta de que está en un error. La verdad es que le creía más listo, señor Sherman. Sólo tiene que ver a quienes trabajan aquí en plena sumisión y orden, gentes de su mismo pensamiento. Nuestro poder es totalmente incomprensible para ustedes. Deben de someterse, eso es todo.

—¿Van a convertirnos a nosotros también en esclavos? —inquirió Goriev agresivo.

—No soy yo quien decide.

—¿La hija de Yamin, acaso? —preguntó Sherman.

—Sí, ella gobierna nuestro pueblo. Ella conseguirá que, al cabo de milenios, encontremos el paraíso prometido.

—¿Y cuál es el paraíso? —preguntó Goriev.

Tamon respondió sin prisas.

—La hija de Yamin será quien les informe de cuanto deban saber.

—Me está dando en las narices que su paraíso es la tierra, es decir, la capa superior del globo terráqueo, los continentes en que nosotros vivimos ahora.

—Es usted buen observador, señor Sherman, sin embargo, los continentes que ustedes habitan, no son ningún paraíso. Multitud de especies piscícolas, aves y mamíferos, han desaparecido. Practican la exterminación total de cuanto consideran no les produce un

beneficio inmediato. Incluso, la vegetación ha resultado dañada, el agua de los ríos, el mar junto a las- costas. Hasta han contaminado la atmósfera, que se hace irrespirable por la polución, no han hecho ustedes un paraíso del lugar donde viven.

—Sin embargo, tengo la impresión de que ustedes tas ya-minitas se han aprovechado de nuestra técnica. La maquinaria que he visto parece fabricada por hombres como nosotros y no como ustedes.

Tamon sonrió de nuevo, satisfecho.

—Es cierto, pero no ha sido fabricada arriba, sino aquí abajo. Lo que hemos hecho a lo largo del último siglo es apoderarnos de sus hombres de ciencia más cualificados, de sus sabios, de sus especialistas en todas las materias. Ustedes han avanzado mucho en la técnica, tanto que se sorprenderían al saber que nuestros platíbolos son construidos por sabios de su raza. Sin embargo, en sus respectivos países no han logrado avanzar tanto.

—¿Por qué? —inquirió Goriev.

—Muy sencillo. Los sabios mejores desaparecían de sus lugares de trabajo. Los soviéticos creían que tos secuestraban los norteamericanos y viceversa. Otro tanto ocurría con ingleses, alemanes, etcétera. Aquí abajo trabajan en equipo hombres de todas sus razas. No hay pelea ni resentimientos entre ellos.

—Porque están idiotizados —advirtió Sherman.

—Algo así. Nosotros nos preocupamos de que sólo piensen en su trabajo y es asombroso el rendimiento que obtenemos. Avanzamos mucho más aprisa que ustedes y, por supuesto, inventos que en sus países no conseguirían adelante por falta de dinero, sabios o algún metal adecuado, aquí sí se llevan a cabo. A nosotros, obtener los más puros metales nos cuesta muy poco. Dominamos el interior de la Tierra, nuestras minas son de un rendimiento del cien por cien. No nos falta de nada.

—Les falta el sol de la superficie, les falta vivir arriba con la naturaleza propia de-nuestro planeta azul.

Tamon hubiera querido replicar agriamente, pero en aquel momento pudo escucharse un suave y largo pitido con unas interrupciones que les sonó a contraseña.

—La hija de Yamin va a recibirles. No olviden que son sus prisioneros. Una sola orden suya y serán exterminados.

Tamon se puso en marcha. Sherman, Goriev y Ling le siguieron

y tras ellos, los guardias yaminitas armados.

Se introdujeron por un largo pasillo iluminado con distintas clases de focos. Sherman supuso que había luces de infrarrojos y ultravioleta. La temperatura ambiente rayaría en los treinta grados, demasiado calurosa para Cy Sherman e incluso para el soviético Goriev.

Al final del pasillo había una gran pared de mármol que cubría el corredor por completo. Era un bloque de mármol entero en el que se habían cincelado bajorrelieves, una pared que resultó una monumental puerta de más de cinco pies degrosor, capaz de resistir cualquier embate, y que comenzó a levantarse para dejarles paso.

Al cruzar su umbral se encontraron en una descomunal sala subterránea donde la vista era incapaz de descubrir el techo, ya que en lo alto se oscurecía totalmente. Era como estar bajo la bóveda del cielo nocturno, un cielo sin luna y sin estrellas.

La sala parecía circular, pero en un lado se estrechaba y se perdía en una gran galería por la que discurría un caudaloso río subterráneo que cruzaba pegado a una de las paredes para desaparecer luego por otra. Sherman tuvo la impresión de que aquel río tenía gran importancia en la vida de los yaminitas.

En una de las paredes se levantaba el trono propiamente dicho que al mismo tiempo era el altar de los sacrificios a su dios Yamin. Unas escalinatas descendían a una pista de plata bruñida. Después, el trono y altar y finalmente la gran pared de fino mármol blanco con bajorrelieves.

En aquella especie de retablo estaban incrustadas las más sorprendentes gemas y, en medio, el gran dios, el ídolo, totalmente de oro. Pesaría toneladas y era realmente sorprendente.

CAPITULO VIII

—¡Si es el Sol! —exclamó Goriev.

—En efecto —asintió Sherman en voz baja—. El Sol del que carecen es su dios, por ello quieren recobrarlo subiendo a vivir a la superficie de la Tierra.

La hija de Yamin se hallaba sentada en el trono. Era una mujer de largos cabellos blancos, magra de aspecto. No se podía decir que sus ojos fueran bonitos, pero sí grandes. Su rostro ajado les hizo pensar que ya era vieja.

A su derecha habían dos hembras yaminitas, éstas sí eran jóvenes. Podía advertirse en su busto erguido, en su figura grácil y en la tersura de su piel. A la izquierda, dos varones. Los extraños ojos de todos estaban fijos en los prisioneros capturados.

Tamon se aproximó a la escalinata y por la inclinación de su cerviz, Sherman dedujo que el régimen era monárquico medieval o quizá faraónico. Lo que resultaba evidente es que allí no existía democracia alguna.

Volvieron a percatarse de que los yaminitas no hablaban entre ellos, al menos en las clases más elevadas y cultivadas, de mayor poder mental.

—Extranjeros, estáis ante la hija de Yamin,, sus dos hijos varones y sus dos hijas hembras. ¡Arrodillaos!

Ling se apresuró a obedecer. Goriev gruñó entre dientes, amenazador, y Cy Sherman replicó en voz bien alta, que halló ecos en aquella enorme sala:

—Somos prisioneros, no esclavos. Jamás me he arrodillado ante nadie y jamás lo haré.

Los extraños ojos de Tamon brillaron de forma inusitada. Los hombres de la guardia apuntaron a los prisioneros con sus armas.

— Honolable jefe, cleo que vamos a tenel que lecolel muy poco tlecho desde aquí hasta el infielno y todo pol mil malditos dólales mensuales.

La hija de Yamin, desde su trono labrado en platino puro y con incrustaciones de diamantes tan grandes que harían refulgir los ojos de tos joyeros más importantes de la Quinta Avenida neoyorquina o del más ambicioso sultán de la India, alzó su mano.

Los lásers se elevaron hacia el cielo, si es que aquella bóveda

que no podía verse por la altura, muy superior a los trescientos pies y sumida en la más completa oscuridad, se podía llamar cielo.

—Eres arrogante, extranjero, y tu compañero Goriev muy violento.

—Señola, yo sel muy pacífico.

—Cállate, imbécil —masculló Goriev.

Con su voz metálica, pero más aguda que la de Tamon, lareinadeaquelpueblosubterráqueohablódenuevo:

—El simple hecho de haberos introducido en nuestros dominios para espiarnos debería costaras la vida.

—¿Quieren decir que no van a ejecutarnos? —preguntó Sherman abiertamente.

Goriev se apresuró a añadir:

—Veníamos en son de paz. No traíamos armas.

—Lo sé, no traíais armas y, sin embargo, un hombre de mi pueblo murió.

—También murió mi compañero en el campo de alta tensión que protege la entrada de esta cueva —indicó Goriev.

—Olvidemos lo ocurrido. El pueblo de Yamin no quiere la violencia ni la guerra.

—¿Por qué van a perdonarnos la vida? —preguntó Sherman siempre inquisitivo—. Supongo que hay un motivo. No les creo capaces de la piedad.

—La piedad es signo de debilidad, Sherman —replicóla hija de Yamin desde su trono bajo el monumental sol de oropuro que semejaba suspendido en el aire y que debería estar sujeto a la pared por su parte posterior con gruesas vigas capaces de soportar tanto peso.

—¿Y para qué creen que les vamos a servir? ¿Acaso intentarán idiotizarnos para hacernos trabajar como a los otros prisioneros que tienen?

—No. Podríamos hacerlo, claro, pero vosotros no nos serviríais de nada en ese aspecto. No sois científicos, ni siquiera especialistas en ninguna rama de la técnica. Sois informadores, hombres que saben pulsar el sentimiento de los pueblos.

—¿Y ello les puede reportar un beneficio?

A la pregunta de Sherman, la soberana asintió:

—Sí, pero tu altivez no me agrada. Ahora, escuchad. Tendréis

entera libertad para circular por mi país. Podréis tomar notas, hablar con quienes os parezca, sacar deducciones y un día, el que yo crea conveniente, seréis puestos en libertad. Podréis contar a vuestro mundo lo que hayáis visto.

—Si no llevamos fotografías y filmaciones no nos van acreer —advirtió Goriev.

—Tendréis fotos y películas, pero nosotros nos encargaremos de fotografiar y filmar. Al ser libertados os serán entregadas vuestras máquinas. Las películas ya no estarán vírgenes, reveladlas y dad al mundo lo que contengan.

—Que será única y exclusivamente lo que ustedes quieran que se divulgue.

A la observación de Sherman, la hija de Yamin replicó:

—Es lógico. Cualquiera de vuestros países haría mucho menos con unos espías e informadores. Demasiado hago con que podáis circular de un lado a otro y ver todo lo que os parezca interesante para luego contarlo.

—¿Usted desea que divulguemos su poder, que seamos nosotros mismos quienes advirtamos a nuestro mundo de la fuerza que poseen?

El soviético fue respondido afirmativamente:

—Sí, ya lo he dicho. No queremos la guerra, que es destrucción, aunque el pueblo de Yamin no saldría derrotado, sino victorioso. Sólo deseamos la paz y que sea destruido lo justo, como, por ejemplo...

—¿El qué? —inquirió Sherman frunciendo el ceño.

En el trono habían varios resortes camuflados por las destellantes gemas. La reina pulso una de ellas y se encendió una gran pantalla a la derecha del trono. Tendría unos cien pies cuadrados y en ella apareció una fotografía del Reino Unido, tomada seguramente a través de algún satélite artificial, que lo mismo podía pertenecer a Rusia, América, Japón, la propia Inglaterra o cualquier otro país, no importaba, lo que sí importaba era que los yaminitas poseían los medios adecuados para obtener cuanta información deseaban.

Goriev preguntó:

—¿Qué sucede con los británicos?

—Se han negado categóricamente a obedecer nuestras órdenes

sobre las vacunas que les entregamos.

Sherman, sin perder de vista la fotografía de la tierra británica, preguntó:

—¿Y van a tomar represalias?

—Advertimos que quienes se negaran a obedecer recibirían un castigo triple.

—¿Es que no imaginaban que encontrarían resistencia? ¿Acaso creían que íbamos a vacunar rápidamente a nuestros hijos con una vacuna cuyas consecuencias ignoramos?

—Lo suponíamos, es cierto, pero la represalia contra unos doblegará las voluntades de otros.

—No irá a decir que se van a vengar en los británicos, ¿verdad? —inquirió Sherman, molesto.

La hija de Yamin no respondió directamente. Pulsó otra de las gemas al alcance de sus dedos largos y delgados y la fotografía cambió. Vieron, en directo, una panorámica televisiva de Londres, a todo color, con su característico *smog*. Los colores no eran demasiado reales y Sherman supuso que estaban adaptados para la visión de los yaminitas que deberían ver en otra gama de frecuencia las ondas lumínicas.

—Ahora, vean Dublín, con su farragoso tráfico, la gente deambulando de un lado a otro—. Ahora, vean Liverpool. —En pantalla apareció claramente la ciudad fabril, su puerto, el movimiento de sus buques.

—¿No estará insinuando que las tres ciudades a castigarson Londres, Dublín y Liverpool, verdad? —preguntó Goriev, asustado.

—Mi pueblo no lanza ultimátums en vano. Si para ser obedecido hay que castigar, lo haremos. La soberbia de la nación británica será arrasada y luego los demás verán que no les conviene ser arrogantes con el pueblo deYamin.

La mano derecha de aquella reina del subsuelo, de las tinieblas, como diría Jacobo Grimm, sujetó entre sus dedos un gran diamante de los medio incrustados en el brazo de su trono y lo hizo girar.

El sonido llegó claramente hasta ellos, fue algo horrible.

Vieron a la ciudad de Liverpool agitarse como si fuera de juguete. Se movió de punta a punta, como si se hallara en el epicentro de un devastador terremoto.

El mar se agitó, los muelles se partieron y los grandes buques

fueron lanzados de una parte a otra, partiéndose en pedazos, retorciéndose sus hierros mientras los más altos y gallardos edificios ingleses se fundían en montones informes de cascotes y la gente era aniquilada en las calles por el seísmo artificial.

Pronto, en cuatro puntos distintos de la ciudad, dominándola por completo, aparecieron los grandes hongos, los mortíferos hongos que brotaban de) interior de la tierra, propios de las explosiones nucleares.

Las ondas térmicas hicieron el resto, reduciendo a cenizas lo que no había sido engullido por la tierra o sepultado por los cascotes de los edificios.

La cuádruple onda de calor segó toda vida posible en Liverpool y la ciudad ardió totalmente. Nada que fuera combustible por debajo de los mil grados centígrados quedó sin arder. Después, el silencio, la desolación.

Liverpool y cuanto había en ella, incluidos los buques amparados en sus puertos, habían sido arrasados, borrados de la faz de la tierra como si se tratara de las bíblicas Sodoma y Gomorra.

Sherman, Goriev y Ling habían quedado petrificados, sin dar crédito a lo que acababan de ver.

Después, tras aquellos breves instantes en que una ciudadeuropea había sido borrada materialmente del mundo de los vivos, con sus millones de habitantes, volvieron sus rostros hacia la hija de Yamin.

—Es una fantasía lo que acabamos de ver, ¿verdad? —preguntó Sherman con el paladar reseco.

La soberana negó con la cabeza. Luego dijo: —Habéis presenciado la destrucción de Liverpool en directo, en el mismo instante en que ocurría. En estos momentos, la noticia estará dando la vuelta al mundo y comenzarán a hacer cábalas sobre lo ocurrido. Cuando sean tres las ciudades destruidas, se acordarán de nosotros y de nuestro ultimátum.

Un nuevo movimiento de los dedos de la hija de Yamin y apareció Dublín en la pantalla.

Ling tragó saliva. Goriev, ante su impotencia, apretó los puños y Cy Sherman, temiendo que girara de nuevo aquel diamante que era el botón de fuego para destruir la capital de Irlanda, se lanzó a la carrera para abalanzarse contra la reina e impedir aquella nueva

destrucción en masa.

Llegó hasta el pie de la escalinata y chocó contra algo invisible que le dio una fuerte descarga eléctrica que lo lanzó haciaatrásenmediodeunosrayos,cayendoalsuelo. Goriev vio que Sherman se había encontrado con un campo de fuerza similar al que costara la vida a Krotov, pero quizá la tensión de voltaje en éste era inferior. Ling corrió hasta Cy Sherman. —¡Honolable jefe, hable, pol favol! ¿Está bien? Hormigueándole todo el cuerpo. Sherman se medio incorporó. Sacudió la cabeza y miró desafiante a la anciana soberana del pueblo subterráqueo. Esta le dijo:

—Hoy no arrasaré a Dublín, dejaré transcurrir veinticuatro horas justas y otras veinticuatro para Londres. Será a la misma hora, al mismo segundo. Si intuyen el peligro podrán salvarse algunos millones de londinenses escapando de la ciudad.

—¿Y si no lo intuyen? —preguntó Goriev. —Morirán como lo han hecho todos los habitantes de Liverpool.Por supuesto, no han tenido tiempo ni de sufrir.

—Suspiró—. Sherman, comprendo tu actitud de querer salvar a los de tu raza, pero nada podrás hacer. Tu misión es informar y luego, cuando recobres la libertad, explica lo que has visto. Todos, absolutamente todos, entenderán quién tiene el poder en la Tierra. No dudes que te escucharán y ésa sí será una forma de salvar la vida a millones de semejantes, no con violencia, violencia que si se repite será tu sentencia de exterminio. Te creo lo suficientemente inteligente como para comprender que nada puedes contra mí ni contra mi pueblo. Aunque pudieras llegar a matarme a mí, otro hijo o hija de Yamin ocuparía este trono y seguiría con el mismo programa. Sé sensato y ayudarás a los tuyos. Ahora, la entrevista ha terminado. Tamon se encargará de que mis órdenes sean cumplidas.

CAPITULO IX

Lo primero que hicieron los tres hombres fue comer. Sus estómagos aullaban de vacíos y pese a las continuadas sorpresas en aquel mundo subterráqueo debían de alimentarse. Así lo hicieron en un gran comedor comunitario, en el cual nadie pareció preocuparse de ellos.

La gente estaba absorta en su comida y si se hablaba de algo no era como en Estados Unidos, de béisbol, o como en la URSS, de los últimos campeonatos de atletismo. No, allí no se hablaba de otra cosa que no fuera el trabajo asignado a cada uno.

Aquellos seres, hombres y mujeres, porque también las había, y de varias razas, estaban dedicados completamente a su labor. Su menté había sido anulada totalmente en otros sentidos, por ello no era ni siquiera precisa la guardia de los yaminitas para mantener el control. Era la esclavitud más perfecta que había podido imaginarse en la historia de la humanidad.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Goriev mirando a un lado y a otro como lo hubiera hecho un espía de principios del siglo XX.

—Vamos a recoger toda la información que podamos. Nos han dado carta blanca.

—No cleo que nadie nos diga nada —advirtió Ling—. Aquí, la gente no habla de otla cosa que de su tlabajo. Vamos a tenel que seguil hablando entlenosotlos.

—Lo que dice Ling es cierto —asintió Goriev—. Nadie nos dirá nada y, ¿qué ganaremos con tomar apuntes si noentendemos ni jota de física nuclear o computadoras electrónicas?

—Sea lo que fuere, hay que informarse. Es lo que ellos esperan que hagamos. Desean que ai ser puestos en libertad alertemos al mundo sobre el gran complejo de fabricación de armas nucleares que poseen. Que informemos al mundo de su gran poder, de su in vulnerabilidad aquí abajo en el subsuelo sin saber a ciencia cierta bajo qué continente estamos. Quizá sea debajo de un océano.

—Por la temperatura creo que nos hallamos a considerable profundidad,pero no bajo un océano —cortó Goriev.

—¿Ah, no, y por qué? ¿Acaso piensas en el oxígeno, enla temperatura? Ellos han climatizado todo esto tan bien quepodríamos estar a diez millas bajo el suelo y ni enterarnos.En

fin, no hay que subestimarlos y ante todo hay que pensaren cómo impedir que mañana sea arrasada Dublín y pasado,Londres. ,

Goriev sonrió con sarcasmo, con la tristeza propia del fatalista que piensa que nada puede hacerse porque el destino ya está escrito.

—¿Acaso te has olvidado del campo de fuerza que te impidió acercarte a la reina de estos subterráqueos?

—No lo olvido, pero habrá algún medio de impedir esa masacre, y si lo encuentro, el espectáculo que hemos visto no se repetirá. Como comprenderás, no es sólo información para explicar al mundo el gran poder de los yaminitas lo que debemos de buscar, sino información para ver el modo de destruirlos.

—¿Y dónde encontlal esa infolmación?

—Ling, vamos a separarnos uno. por cada lado. Nos han dejado sin vigilancia aparente, aunque es posible que nos vigilen en alguna forma. Ellos saben que los esclavos trabajadores no van a respondernos, que sólo sacaremos en limpio lo que veamos por nuestros propios medios y separados podemos ver más. Luego, nos reuniremos en la habitación que nos han destinado para descansar y allí cotejaremos todos nuestros datos. Puede que entre los tres hallemos la forma de vencerlos.

—¿Vencerlos? ¿Acaso estás ebrio, colega? —inquirió Goriev—. Estás dentro de su cuartel general.

—Lo sé y no ignoro que a lo largo de la historia, David siempre ha vencido a Goliath, la astucia a la fuerza. Un grupo de guerrilleros o comandos puede destrozar un cuartel general, y si no lo logramos, por lo menos intentaremos dar la voz de alarma a nuestros pueblos, pero apuntando alguna forma de que nuestros ejércitos puedan destruirlos. Ellos no son invisibles, son de carne y hueso como nosotros, aunque tengan algunas cosas distintas.

—Honolable jefe, tiene lazón. Ellos muelen, pelo yo no quielo il al infielno. Tengan mucho cuidado.

—Lo tendremos, Ling. Ahora, dispersémonos; hay mucho por ver aquí, esto es muy grande, Goriev, ¿me permites una sugerencia?

—Sí, ¿por qué no? —respondió—. Soviets e imperialistas debemos, aunarnos en circunstancias difíciles para combatir a un enemigo común.

—Magnífico. Busca, como sea, la forma de hallar planos.

—¿Planos?

—Sí, planos o algo que nos oriente sobre nuestra posición geográfica y las entradas y salidas de esta ciudad subterránea.

—De acuerdo, buscaré, aunque buscar no quiere decir hallar. Suerte, camaradas.

—Suelte, honolableGoliev.

—A mí no me llames honolable, pedazo de limón. Somos camaradas.

Ling miró preocupado al norteamericano y éste se encogió de hombros. El chino se alejó.

Era difícil saber por dónde buscar y qué buscar. Aquellos seres, que no le cabía duda eran humanos y no superdioses, podían estar dotados especialmente para vivir en el subsuelo terrestre, pero debían tener su talón de Aquiles y había que hallarlo al precio que fuera.

Se introdujo por entre el complejo de maquinaria electrónica mientras Ling y Goriev hacían lo propio, nadie les prestaba la más mínima atención.

Se podía destruir alguna de aquellas máquinas provocando cortocircuitos, pero, ¿qué conseguiría? Sherman sabía que nada, sólo que se cansaran de él y lo exterminaran. No, había que planear algo en grande, pero, ¿cómo?

—¿Americano?

Al sentirse interpelado se volvió, sorprendido, quedando frente a la hermosa mujer que antes viera entre los científicos.

—Sí, y mi nombre es Cy Sherman.

—Yo soy británica. Me llamo Ava Foster.

—¿Tú no estás…?

—¿Idiotizada como los demás? —preguntó entre preocupada y sonriente.

—Exacto.

—Gracias a Dios, todavía no y mejor será que hablemos en mi habitación. Si nos ven juntos van a sospechar y corro peligro.

—¿En tu habitación?

—Sí. Sígueme a prudente distancia, que no nos vean juntos —le dijo echando a caminar.

Cy Sherman aguardó algunos instantes para seguirla y al hacerlo, anduvo con naturalidad, mirando a un lado y a otro como

fijándose en las instalaciones de las que tan orgullosos se sentían los yaminitas.

Ava se introdujo en un amplio corredor en el que se abrían puertas a ambos lados, un corredor que Cy Sherman ya conocía, pues casi al final del mismo estaba la habitación triple que les habían destinado a ellos.

La mujer empujó la puerta de la habitación L42 y al cerrar, la dejó ligeramente entreabierta. Sherman llegó hasta ella. Se aseguró de que nadie le seguía, empujó la puerta y se introdujo en la estancia apresurándose a cerrar a su espalda. Ava Foster estaba en el centro de la reducida pero pulcra habitación.

—¿Cómo es que no estás idiotizada como los demás? —inquirió como un disparo a boca de jarro.

Ava no se turbó. Era lógico que Sherman, que no la conocía, desconfiara de ella aunque sólo por aparente precaución.

—Los yaminitas tienen un poder mental superior al nuestro y poseen observadores en todas las naciones de la Tierra.

—¿Yaminitas?

—Ellos, directamente, no espían. Someten a espías profesionales o a investigadores privados que les informan de cuanto quieren saber. Cuando un científico les interesa le preparan una trampa y lo capturan como hicieron con mi papá y conmigo.

—¿Tu papá?

—Sí, el profesor Foster.

—¿El genio de las computadoras?

—Exacto. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, ahora lo recuerdo. Hace tres o cuatro años, él y su hija desaparecieron como tragados por la tierra. Claro, la hija eres tú.

—Sí. Trabajaba en equipo con él y los yaminitas creyeron que sometiéndonos a ambos obtendrían mayor beneficio de nuestra ciencia.

—Comprendo, pero esos investigadores o espías, ¿saben lo que hacen?

—Supongo que algunos creerán que trabajan para potencias extranjeras. Los yaminitas les pagan en lingotes de oro, metal que a ellos les sobra y que en cambio tiene gran valor en la superficie. Ellos, en las entrañas de la Tierra, encuentran el metal que deseen, por precioso que éste sea. Poseen minas de cuanto quieren y

además, riquísimas, minas que desbordarían los sueños del más imaginativo habitante de la superficie. Por ello les ha resultado fácil construir aquí abajo lo que les ha venido en gana según sus proyectos.

—Entiendo. En materia prima nos aventajan mucho.

—Sí, y con su oro, arriba pueden sobornar a quienes les interese. Por otra parte, en la superficie del globo siempre llevan las gafas oscuras puestas, ocultando sus malignos ojos. Se recortan el cabello y visten como nosotros. No es que pasen desapercibidos porque resultan más bien pequeños y además están sus peculiares orejas, pero consiguen sus propósitos sin problemas.

—Entiendo, pero volvamos a la pregunta del principio. ¿Por qué no te han lavado a ti el cerebro como a los demás?

—Para lavar el cerebro no siguen los métodos usuales de luces, sonido, desorientación del tiempo, monótona repetición de algo ante nuestros sentidos como se hace en nuestros países, algo deplorable, pero que no podemos evitar.

—Prosigue, ¿qué métodos emplean ellos?

—Su poder mental. Sientan a la víctima frente a uno de sus miembros más ancianos, con mayor poder mental, y le obligan a mirarle a los ojos. En pocos minutos, las órdenes mentales de esos seres subterráqueos se graban en nuestro cerebro y quedamos sometidos. Los circuitos cerebrales del pensamiento, de la voluntad, quedan anulados. Nos convierten en esclavos del trabajo y el individuo sometido ya no vuelve a pensar en nada más, no se preocupa de otra cosa que no sea trabajo. Es horrible. Hay momentos en que he estado apuntodeenloquecer alvivir eneste ambiente.

—¿Te sometieron a esa sesión de sometimiento mental?

—Sí, pero su imperio no es omnipotente, algunas veces falla. Es decir, algunas de nuestras inteligencias son lo suficientemente fuertes como para rebelarse a sus influjos cerebrales y rechazarlos. Es como una penitenciaria. La mayor parte de los reclusos se someten y viven allí hasta el fin de su condena aunque sea perpetua, pero otros, en su rebeldía, son capaces de cortar barrotes, horadar suelos de hormigón o dejarse matar.

—Comprendo. ¿Has sido la única en no quedar sometida?

—No. Ha habido otros.

—¿Los conoces?

—No. Los que no quedan sometidos, son exterminados. Ellos no quieren correr riesgos.

—¿Y a ti te han perdonado la vida?

—No, ellos carecen de piedad.

—¿Saben que tú no estás sometida?

—No. Si lo supieran me aniquilarían de inmediato.

—¿Y cómo lograste tomarles el pelo?

—Vi lo que ocurría con mi padre y vi a otros antes de que intentaran someterme a mí.

—Cuando lo hicieron, ¿qué ocurrió?

—La intensidad mental del viejo yaminita me produjo unagran jaqueca y confusión mental. Caí desvanecida, lo que por lo visto no era nada singular. Después, desperté lentamente y tuve tiempo de pensar en lo que debía hacer, en mi padre y en mi supervivencia.

—Perdonaporlapalabra,pero,¿tehicistelaidiota? —Sí, por ello sigo viva. —¿Y tu padre?

—Sólo habla de su trabajo, aunque algunas veces he tenido la impresión de que en el fondo de sus ojos hay algo que denota que no está sometido totalmente. —¿De veras? Ava suspiró.

—Al menos, tengo la esperanza de que así sea, mas no podría asegurarlo. En todo este tiempo no hemos intercambiado una sola palabra que no se refiera estrictamente al trabajo.

—Me agradaría conocer a tu padre.

—Luego lo buscaremos en su habitación. Ahora dime, ¿qué haces aquí, qué sucede contigo?

Cy Sherman le explicó todo lo sucedido, terminando su relato con la visión en directo de la destrucción de Liverpool y la promesa de aniquilar Dublín y Londres.

—Dios mío, qué horror. No creí que llegaran a tanto. He conocido mediante la computadora su gran poder bélico, mas no pensé que llegaran a emplearlo. Son demasiado pocos para combatir a las naciones de la Tierra. —¿Como cuántos son?

—No pasan del millar. Mantienen una política de estricto control de natalidad, siempre la han seguido por los siglos de los siglos.

—Pareces saber mucho sobre ellos.

—Sí, sé quiénes son en realidad. Llevo aquí varios años y he

tenido tiempo de estudiarlos.

—Cuéntame algo. Sabiendo más de ellos puede que encontremos el modo de vencerlos.

—Es inútil, no hay forma de salir de aquí. Sólo se puede escapar en el monocarril y éste sólo ellos pueden ponerlo en marcha.

—¿Y escapando a pie por los túneles?

—Imposible, no llegarías nunca. Hay miles de millas de galerías. Te encontrarías con los problemas del agua, de la falta de oxígeno, del calor. Es imposible escapar.

—Sin embargo, cuéntame lo que sepas de ellos.

—¿Desde el principio?

—Sí.

—Hace millares de siglos, hombres y mujeres como tú o como yo vivían en la superficie de la Tierra. Su dios era Yamin.

—¿El Sol?

—Sí, veo que ya te has dado cuenta.

—Continúa.

—Hubo un cataclismo. Un astro, posiblemente un satélite del tipo luna, chocó contra la Tierra atraído por la fuerza de la gravedad de nuestro planeta, pasando a engrosar nuestra amada Tierra.

—¿Y ellos quedaron sepultados?

—Sí. Todo su pueblo se hundió en las entrañas de la Tierra, murieron a millares. Eran una civilización desconocida, pero próspera.

—¿La Atlántida?

—No, anterior a la Atlántida. Forman parte de una civilización de la que no quedaron vestigios, pues fue sepultada totalmente. Los supervivientes se hallaron en la gran galería.

—¿Donde está el trono?

—Sí. Allí despertaron después del cataclismo. Por supuesto, fue sepultada con ellos parte de la selva que les rodeaba.

—No puedo creer que sobrevivieran quedando sepultados en las entrañas de la Tierra.

—Parece increíble, pero así sucedió. Parte de la selva se hundió con ellos, además, un caudaloso río subterráneo cruzaba por las grandes cavidades en que habían quedado. Este río, aparte de proporcionarles agua, regulaba la temperatura, ya que sus aguas

eran tibias.

—¿Se trata del río que cruza por la gran sala donde está el sol de oro?

—Sí. El Sol es su dios y el caudaloso río, su diosa. Se las arreglaron para subsistir con lo que había quedado sepultadojunto a ellos, pero el tiempo fue terminando con los heridos y pudriendo los vegetales. De pronto, de la vegetación en descomposición, comenzaron a desarrollarse un tipo de hongos, favorecidos por la especial temperatura. Tras ser probados, vieron que aquellas setas subterráneas, blancas de color y enemigas del sol, no sólo eran comestibles sino que se reproducían con gran facilidad, conteniendo todo el alimento indispensable para la nutrición humana.

—¿Como un maná de los hebreos?

—Algo así. Aquel tipo de hongos fue su salvación, pues todo rastro de vida, a excepción de ellos mismos y las setas, desapareció en estas cavidades.

—Parece todo una gran fantasía y existen varios puntos oscuros.

—¿Cuáles?

—¿Por qué no trataron de emerger de nuevo a la superficie?

—No podían. El cataclismo afectó en gran forma las capas profundas de la envoltura terrestre, provocando además erupciones volcánicas, hundimientos y nacimientos de islas en los océanos. La fisonomía del planeta se modificó en parte. Ten en cuenta que esta civilización existió antes del nacimiento del hombre de Pekín y el de Java y, por supuesto, el cromagnon. Una civilización que se desarrolló rápidamente en los aspectos geológicos y filosóficos, aunque más rudimentariamente en la parte técnica. Quería llegar al punto de que estas salas quedaran rodeadas por corrientes de lava fundida que establecieron un cerco, una barrera infranqueable que les permitiera sobrevivir aun en el caso de nuevos cataclismos o erupciones.

—Pero, el río debe de conducir a alguna parte.

—No hay escapatoria por el río. A partir de la sala de la reina entra casi a presión en galerías de cientos de millas donde no existe un solo resquicio respirable. En cuanto a la dirección, contraria, nunca han conseguido avanzar. Se supone que cruza una zona candente, que es el lugar donde el agua adquiere la temperatura que ahora tiene. El río era la diosa que les daba el agua que

precisaban en todos los menesteres y el gran vertedero en el que desaparecían incluso sus muertos. Los cadáveres de los hombres exterminados son arrojados al río, éste se los lleva y jamás nadie sabrá adonde.

—Es muy interesante lo que me cuentas, pero, ¿de dónde proviene el oxígeno que se respira?

—Los conocimientos de los primitivos yaminitas no les llevaban a pensar tanto, sólo sabían- que respiraban y que seguían viviendo.

—Sin embargo, los yaminitas actuales, más inteligentes y ayudados por nuestra técnica, sí sabrán de dónde proviene el oxígeno que los ha salvado.

—Sí. Viene de la gran sala de la hija de Yamin y allí han sido instaladas unas tuberías de distribución que distribuyen el aire a las restantes dependencias, un aire que ahora nos es necesario en gran cantidad para los que trabajamos como esclavos.

—¿Unas tuberías, has dicho?

—Sí. Están protegidas por unas rejas metálicas y tienen compuertas de apertura o cierre para regular la cantidad de aire necesario, ya que es preciso eliminar antes el aire viciado. Todo está controlado.

—Me parece muy interesante. Supongo que en la gran salareal otemplodeesosseresno selesagotaelaire.

—No. Aunque nadie me lo ha dicho, imagino que el aire llega desde lo alto de la oscura bóveda, de alguna parte que no alcanza a descubrir la vista, adonde ningún ser ha podido llegar, pues algunos yaminitas, tratando de escapar a su encierro casi perpetuo, intentaron escalarla en busca de la inaccesible bóveda, mas todos se precipitaban al vacío, muriendo sin conseguirlo. Se supone que las paredes son húmedas y muy resbaladizas, quizá por la formación de unos hongos microscópicos.

—Bien, todo va encajando. Lógicamente, su cabello es albino por evolución en el tiempo. Al carecer de sol, queda: ron sin melanina y pigmentos en la piel. Son diminutos, casi imperceptibles, a causa de tener que comer hongos blandos durante siglos y siglos.

— Exacto, pero su cambio más espectacular ha sido en los ojos y en las orejas.

—¿Radar en las orejas?

—Sí. Ellos emiten por su garganta infinidad de chillidos ultrasónicos que nuestro oído no puede captar y cuyo eco recogen con las orejas para orientarse y saber los obstáculos que tienen delante. En realidad, actúan como los murciélagos y pueden caminar tranquilamente en la oscuridad.

—¿Sus ojos ven acaso en otra onda de frecuencia lumínica?

—Sí, en infrarrojos y ultravioleta, pero no en la normal. Se habituaron a estar aquí dentro y durante siglos el proceso de evolución los dotó especialmente con los rayos infrarrojos para luchar contra su gran enemigo.

—¿Los ríos subterráneos de lava volcánica?

—Exacto. Mirando simplemente las paredes podían percatarse en seguida si se hallaban cerca de un foco calorífico peligroso o no. Su encierro les impidió hacer otra cosa que no fuera activar su mente, su pensamiento. Su poder mental aumentó hasta el punto de que entre ellos, de ordinario, se hablan telepáticamente.

—Sí, ya me he dado cuenta. En ese aspecto están más evolucionados que nosotros.

—Su gran esperanza era llegar a vivir un día en la superficie nuevamente, teniendo para ellos el dios Sol.

—Y al fin, ¿cómo consiguieron aparecer de nuevo en la superficie del planeta?

—Gracias a la erupción que tuvo lugar en el volcán Ararat "en el año mil ochocientos cuarenta y ocho. Cedió la presión de los ríos subterráneos de lava y se vieron impulsados por grandes masas de aire. Ellos notaron el enfriamiento del cerco que les atenazaba y comenzaron a cazar con instrumentos rudimentarios, piedras más afiladas, y consiguieron entrar en otras galerías por donde había transcurrido con anterioridad la lava en torrentes de fuego. Fue un proceso de años, de generaciones, y se encontraron con una extensa red de galerías naturales.

—Que ellos aprovecharon bien para extender sus redes de comunicación,montandoelmonocarrilconposterioridad.

—Sí, aunque el monocarril es reciente, claro que ese «reciente» equivale también a años de vida. Su red de galeríases extensísima. Han unido las naturales a las artificiales con maquinaria de perforación moderna, equipada con puntas de auténticos diamantes de más de cien quilates que enriquecerían a quien los poseyera en la

superficie. Intuyo que tienen galerías subterráneas que pueden llevarles al subsuelo de las más importantes ciudades del globo, sin embargo, su digamos gran salida o aeropuerto está...

—¿En el Ararat?

—Sí —asintió Ava Foster.

—Y los platíbolos que poseen, ¿están todos ahí?

—Sí, su flota es reducida. Son poderosos, pero pocos y ellos lo saben.

—Por eso no desean una guerra total con los de arriba.

— Exacto. Cuando ellos salieron al exterior, el mundo que descubrieron no les gustó en principio. Frío en el Ararat, polución atmosférica en las naciones civilizadas, los ríos con aguas envenenadas, los mares sucios de alquitrán.

—Y decidieron cambiar el planeta según sus conveniencias.

—Sí, pero estábamos nosotros para estorbarles.

—Y tras observarnos decidieron aumentar su técnica y armarse.

Ava suspiró.

—Sí, a principios de este siglo se iniciaron los secuestros y el desarrollo de su técnica. Mientras en la superficie la humanidad se mataba en multitud de pequeñas guerras y dos conflagraciones mundiales, ellos aquí abajo seguían trabajando reclutando a la gente que les interesaba.

—Entonces, son los padres del lavado de cerebro.

—Eso parece, y como secuestraban a los científicos de más valía su técnica se desarrolló rápidamente, por ejemplo, con los platíbolos .volantes. Hace algunas décadas que los poseen y han dado vueltas a la Tierra posándose aquí y allá, confundiendo a la gente, haciendo creer al mundo que eran seres de otros planetas cuando en realidad procedían de las entrañas de la Tierra. Por eso hubo una desilusión al no hallar vida en la Luna y posiblemente tampoco en Marte, porque los ovnis o ufos, como quiera que se llamen, han brotado del interior de la propia Tierra, construidos con latécnica de los mismos humanos que nos hemos sorprendido ante su aparición, pues los yaminitas no trabajan en la técnica, sólo siguen con sus pensamientos, con su gran poder mental.

—Ya, ellos dirigen y no trabajan. El trabajo para los esclavos.

—Lo malo ahora es que su poder es grande y son inatacables. Lo que me has contado sobre Liverpool ha debido de ser horrible.

Conocía el procedimiento a utilizar, pero creía que sólo era un ataque teórico.

—¿Y cuál es el procedimiento?

—En galerías subterráneas, perforadas artificialmente, se colocan cuatro bombas de hidrógeno de cinco megatones que se hacen estallar por control remoto tras taponar con hormigón y plomo fundido las galerías de acceso. De este modo, la onda térmica y la de radiación no se extiende por las galerías restantes.

—Entiendo. Se hacen estallar las cuatro bombas de hidrógeno al unísono, provocando un devastador seísmo artificial que todo lo destruye. Después aparecen las olas térmicas y las de radiación, aniquilando lo poco que no ha sido ya arrasado.

—Sí. Supongo que Dublín y Londres están preparadas para ser borradas de la faz de la Tierra y no hay forma humana de impedirlo.

—Creo que si el Reino Unido claudicara rápidamente, aceptando vacunar a los niños menores de diez años, tal como exigen los yaminitas...

Los ojos azules de Ava Foster se agrandaron por la sorpresa y el temor.

—¿La vacuna, qué vacuna?

—No han dicho su fórmula, sólo han indicado que debe disolverse en agua tridestilada.

—Aquí abajo se ha preparado una vacuna muy especial para aplicarla a los niños de nuestra raza menores de diez años.

Por el gesto asustado de Ava, Cy Sherman inquirió rápido:

—¿Qué ocurre con esa vacuna?

—Desarrolla un tipo de virus ultramicroscópico que anulauna parte del cerebro. Sé que ha sido horriblemente probada con niños aquí abajo, arrojando un resultado malignamente satisfactorio.

Sherman hizo rechinar sus dientes de rabia.

—Ya entiendo. Quieren tener esclavos en masa para el futuro y los muy puercos han alegado que el virus lo llevaba nuestra juventud y que era perjudicial para ellos.

—Su plan es fabricar una generación de esclavos. Sólo tendrían que esperar unos años hasta que la juventud actual fuera envejeciendo y entonces subir definitivamente a la superficie para tomar el poder y vivir rodeados de esclavos. Y todo sin lucha, sin

exponerse lo más mínimo.

Ava y Sherman se hallaban verdaderamente inquietos por las conclusiones a que habían llegado. No cabía duda, aquel millar de subterráqueos estaban dispuestos a apoderarse del planeta sometiendo a la esclavitud a la nueva generación, exterminando a los no aptos, a quienes no pudieran servirles de alguna forma.

Aquél era el mayor peligro que jamás había amenazado a la humanidad que habitaba en la superficie de la Tierra, que permanecía indefensa e ignorante del peligro que se gestaba en el mismísimo subsuelo cuando tantas redes de alerta y centinelas se desplegaban en el cielo para evitar cualquier ataque sorpresa.

Cy Sherman permaneció unos instantes pensativo. Luego preguntó:

—¿Habría posibilidad de obtener explosivos?

—¿Explosivos, para qué?

—Siempre son una ayuda. Seguramente ellos tendrán cargas explosivas para ayudar a abrirse camino en las galerías artificiales.

—Sí, poseen un explosivo de tipo plástico mucho más potente que el que se utiliza en nuestros países. Es casi un millar de veces más poderoso que la dinamita.

—¿Podrías conseguir un poco de ese explosivo, algo para detonarlo y algunas bolsas de plástico?

—¿Qué te propones?

—No lo sé todavía, pero un plan comienza a forjarse enmi mente. Me gustaría que mi colega, Ling y yo mismo nos volviéramos a ver contigo y tu papá en el plazo máximo de cuatro o cinco horas.

—Si lo deseas, regresa a esta habitación dentro de ese tiempo. Estaré aquí con mi padre, pero dudo que puedas sacar algo en claro de él. Intentaré conseguir el explosivo, pero nos jugamos la vida.

¿Qué importa la vida de unos cuantos frente al exterminio y la esclavitud de millones de almas? El mundo entero comenzará a someterse frente a la vacuna si Dublín y Londres son arrasados.

—Tienes razón. Haré lo imposible por obtener lo que pides, pero con unas simples cargas de explosivos no creo que logres vencerlos.

—Puede ser más molesta una mota de polvo en un ojo que un puñetazo en el estómago. Dentro de cuatro horas nos reuniremos aquí.

— De acuerdo y que Dios te ilumine. Si tienes algún plan, yo estaré contigo en todo y para todo.

—No esperaba menos de ti, Ava. —Al llegar a la puerta, Sherman se volvió interrogante—. Por cierto, ¿cómo has averiguado tanto de los yaminitas si no hablan?

Ava Foster no se desconcertó, lo que hizo ver claro a Sherman que ella no era una espía para sonsacarle,

—Trabajo en la computadora y ellos, como habrás podido comprobar en la sala real, no son ajenos a la vanidad y al orgullo. Han querido perpetuar toda su historia y ésta ha sido vertida en la memoria de la computadora. Yo misma me he encargado de este trabajo. Los ancianos, de viva voz, han relatado toda su historia, transmitida de viva voz por los siglos de los siglos y considero que no ha sufrido alteraciones. Ha sido como un credo para ellos y según su forma de pensar están a punto de apoderarse de la tierra prometida, de la tierra de sus antepasados que creen les pertenece y que les ha sido usurpada por nosotros, mientras ellos han permanecido sepultados bajo tierra por un castigo de su dios Yamin.

—Una tierra prometida, a costa de tantos millones de almas resulta un poco cara.

Sherman se alejó, cerrando la puerta tras de sí.

CAPITULO X

Cuando Cy Sherman acabó de contar a Goriev cuanto había averiguado, éste se hallaba pálido.

—Tantos milenios de lucha por la igualdad, por la paz, por la libertad, para caer al fin bajo la destrucción y el sometimiento de un millar de subterráqueos.

—Se creen omnipoderosos, pero creo que con astucia lograremos vencerlos.

—¿Cómo?

—Estoy preparando un plan que si no da resultado nos destruirá a nosotros, pero es la única salida que tenemos. Arriesgarnos o presenciar la destrucción de Dublín y Londres en principio, luego la de toda la humanidad.

—Por mucho riesgo que corramos siempre será poco si existe una sola posibilidad, entre un millón, de ganarles la partida —dijo decidido el soviético. Después, añadió—: Me temo que no tenemos ni esa posibilidad entre un millón. Esa gente está bien armada y ya he constatado que ninguno de los esclavos trabajadores podrá ayudarnos. Estamos solos, Ling, tú, esa chica y yo y no podemos ni pensar en llegar a la sala del trono. La gran pared de mármol y también el campo de fuerza nos lo impedirían.

En aquel instante se abrió la puerta de la habitación y apareció Ling.

—Honolable jefe, yo noentendel nada. Todo sel muy complicado.

—Cierra la puerta, Ling.

Goriev había observado cuanto había podido,mas sólohabía sacado una conclusión: El gran poder atómico que tos yaminitas poseían gracias a sus esclavos científicos y especialistas, una observación que no era ni más ni menos que la que los yaminitas pretendían que sacaran para luego difundirla al mundo al ser puestos en libertad. Ello haría que todas las naciones se sometieran ante el temor de la destrucción total sin posibilidades de subsistir.

—Vamos, colega, di de una vez cuál es tu plan.

—Escapar y dar aviso al mundo de cuanto puede suceder.

—Escapar es precipitarse. Después de todo, pronto nos pondrán en libertad.

—El honolableGoliev tiene lazón. ¿Pol qué exponelse a escapal si nos soltalán plonto?

—A lo peor a ti no te sueltan, Ling. Después de todo no eres periodista.

—Honolable jefe, tiene blomas pesadas. A lo mejol ellos desean que yo avise al mundo oliental de lo que aquí pasa. Ling acelse famoso.

—Menos ínfulas, Ling. Al mundo no va a gustarle lo que tenemos que decirles. Además, ese pronto que tú dices Goriev, con respecto a ponernos en libertad, siempre será demasiado tarde.

—¿Te refieres a Dublín y Londres, arrasadas en represalia?

—Sí. Hay que salvarlas. . —¿Cómo?—preguntócasisocarrónensuimpotencia.

—Destruyendo o anulando el control de mandos. Tengo la impresión de que en un Gobierno como éste, monárquico o casireligioso,todo elpoder estábajo una solamano.

—¿La hija de Yamin?

—Sí. Todos trabajan fuera, conectarán cuanto sea preciso con cables y ondas radiadas. Pueden ver a distancia con televisión, pero sólo una mente, una mano, decide. Ya lo habéis visto, es la mano de la hija de Yamin.

—No pretenderás capturarla a ella, ¿verdad? No lo conseguiríamos y además, ya la oíste, otro u otra ocuparían su puesto y sería lo mismo. Para esa gente que ha esperado miles de siglos para salir a la superficie y que todavía son capaces de aguardar cincuenta o sesenta años, una vida carece de importancia. Ellos quieren el paraíso, pero no para sí mismos. No son tan egoístas individualmente como nosotros.

— Pero en comunidad son desaforadamente egoístas —asintió Sherman—. Aguardan la libertad de las tinieblas para todos ellos, para la comunidad. No importa que ellos no la disfruten si la poseen sus descendientes. Al salir de las tinieblas podrán romper por primera vez a lo largo de su historia el severo control de natalidad que han mantenido hasta ahora por carecer de los medios de subsistencia necesarios para una población superior al millar. Luego, podrán multiplicarse como las langostas. Es cierto, no importa una sola vida, por eso no hay que atacar al individuo, sino a su programa. Por supuesto, hay que alertar al mundo para que

arroje lejos la vacuna que inutilizaría cerebralmente a nuestros descendientes, convirtiéndolos en esclavos en masa de los subterráqueos.

—¿Y cómo atacar al programa si está inaccesible? —inquirió Goriev mientras Ling los observaba alternativamente, esperando a ver qué decidían.

—¿Acaso la chica puede inutilizar las computadoras? Y en ese supuesto, ¿sería suficiente? —preguntó el soviético vivamente preocupado.

—Si destluil algo aquí abajo, no podelhuilnosotlos. La única salida está en el tlenecito y no cleo que nos dejen subil a él pala escapal.

—Ling tiene razón, Sherman. El pequeño tren no nos llevaría lejos. A ellos les bastaría con cortar el circuito de corriente eléctrica y quedaríamos detenidos en cualquier galería subterránea sin posibilidades de escapatoria.

—Escuchad. Dentro de un rato hemos de reunimos con Ava en su habitación y allí estará su padre también. Es necesario que lo tengamos todo preparado para entonces.

—De una condenada vez, colega, suelta tu plan.

—No —denegó rotundo.

—¿Honolable jefe no se fíacamalada?

—Sí, Ling, me fío de él y también de ti. Trabajamos para una causa común, pero esos condenados subterráqueos poseen una gran capacidad mental y si deciden lavarnos el cerebro, que por lo menos sólo uno de nosotros sepa lo que va a ocurrir. Si ellos se enteran de mis propósitos, todo estará perdido y con su poder es muy posible que os hicieran hablar aun contra vuestra voluntad. Mi plan es el único viable para escapar, posiblemente retrasarlo e incluso destruir en parte su programa, pero, no discutamos más. Nos hace falta un rollo de cuerda, varias bolsas grandes de resistente plástico y no perforadas, naturalmente. Supongo que existirán aquí abajo, porque ellos fabrican bien el plástico por las cosas que he visto.

—En la cocina he visto un lugal donde hay bolsas de plástico. Contienen alimentos adecuados pala los que aquí tlabajan, plocedentes del exteliol.

—Es cierto, no había pensado en eso —aceptó Goriev.

—Bien, ya tenemos una parte. También nos hacen falta dos

buenas linternas que seguro existirán para el trabajo de los mineros y, por supuesto, dos pistolas láser.

—Eso ya será más difícil de obtener —advirtió Goriev.

—Lo imagino. Ah, y también un cordón eléctrico y un despertador.

—¿Para qué? —inquirió Goriev.

—Para fabricar un aparato de detonación retardada para un explosivo que Ava nos proporcionara.

—Mi reloj sirve, cuenta con él.

—Es demasiado pequeño —objetó Sherman.

—Te digo que cuentes con él, colega, yo sé como conectarlo, utilizaremos el acumulador eléctrico de alguna linterna. Me ofrezco a fabricar en breves minutos un detonador retardado, tengo buenas manos para ello.

Sherman, sarcástico, inquirió:

—¿De la alta escuela terrorista?

—No es tiempo para bromas. ¿Qué más hace falta para tu plan?

—Suerte.

—¿Suelte? —repitió Ling interrogante.

—Sí, suerte, es lo que más falta nos hará. Yo me encargaré de conseguir las lásers y vosotros de lo demás. Si algo

falla, el proyecto no podrá llevarse a cabo. ¿Comprendido?

Goriev y Ling aceptaron con la cabeza.

— Entonces, adelante y que Dios nos proteja.

Goriev iba a protestar por lo de «que Dios nos proteja», pero se calló pensando: «¿Y si después de todo, Dios existiera?»

Abandonaron la habitación.

Sherman se había comprometido a apoderarse de dos pistolas y la única forma de obtenerlas era capturando a dos yaminitas que convenía no fueran vigilantes para que no se advirtiera su ausencia.

Disponía de algún tiempo para buscar al yaminita idóneo y se dedicó a hacer como si estuviera observando. Se acercó a unas galerías más oscuras y supuso que eran destinadas exclusivamente a ellos, pero allí estaría en desventaja para la lucha por falta de visión, mientras que sus enemigos podían verle claramente y aún más captarle con su radar descubriéndole de inmediato.

Su trabajo se ponía difícil, mas vio a un yaminita armado con un fusil láser que quizá equivaldría a dos pistolas en momento de

peligro. Decidió seguirle.

Pensó en correr y echársele encima, pero era demasiado peligroso, pues el subterráqueo podía dar la voz de alarma aunque fuera telepáticamente. Sherman ni se enteraría, pero la alarma general estaríadada ytodo suplan fracasaría.

Vio una barra de acero que se hallaba a su alcance. La tomó y jugándose el todo por el todo, a modo de jabalina, la lanzó en dirección al yaminita que se adentraba en la oscura galería.

La barra vibró en el aire y aun careciendo de punta, dio con uno de sus extremos en el cráneo del yaminita que se desplomó sin tiempo para pensar.

Antes de ser descubierto, Sherman corrió hacia su presa y al llegar a su altura se apoderó del fusil láser. Se percató de que el golpe había sido demasiado fuerte y el yaminita había muerto sin tiempo material para exhalar un suspiro.

Se lo cargó y corrió tras una compleja máquina. Allí se abrían varias puertas de acero que cerraban controles. Abrió

una de ellas. Introdujo el cadáver y se deseó suerte a sí mismo. Si hallaban el cuerpo demasiado pronto, habrían complicaciones.

Trató de pasar desapercibido con el fusil láser y pasó al corredor de las habitaciones, dirigiéndose a la de Ava Foster. Empuñó el pomo y se introdujo en ella rápidamente.

La estancia se hallaba llena de gente. Allí estaba Ava, un científico de cabello cano y rostro cansado. Goriev y el propio Ling.

—¿Han traído todo lo que pedí?

Tras la pregunta de Sherman, Goriev asintió.

—Por mi parte no falta nada.

—Yo he tlaído los sacos de plástico, las cueldas y dos lámpalas, cleo que no falta nada, pelo que me cuelguen si entiendo como vamos a salil de aquí. El honolable jefe debe de habelse vuelto loco y Ling lo lamenta mucho, pues no quielomolilflito.

—No gimotees más, Ling. Cuando escapemos de aquí me pedirás, los mil dólares extra que te prometí y si continúas llorando, te mandaré al cuerno.

—Ojalá llegue ese día, honolable jefe, ojalá.

—¿De veras tienes un plan para escapar? —inquirid Ava.

—Sí, y creo que no fallará. ¿Cómo está tu padre?

—Ya lo ves, trabajando, no hace otra cosa. Si le hablo de

trabajo, bien, pero si es de otra cosa, ni me oye.

El profesor Foster escribía ecuaciones en un bloc de notas que tenía en sus manos, ajeno a cuanto se decía en la habitación.

—En ese caso, lo siento, pero no puede venir con nosotros.

—¿Cómo? ¡Es mi padre! —protestó ella.

—Lo sé, pero va a ser más que difícil y él haría fracasar nuestra fuga que puede ser la salvación de la humanidad que conocemos. Hay que escapar por las tuberías del aire. Me dijiste que eran anchas y que quedaban, detrás de unas compuertas, en la propia sala de la hija de Yamin.

—Así es —aceptó Ava—. Yo las conozco bien.

—Pues condúcenos hasta ella. Nos introduciremos en suinterior, ya que sería imposible cruzar la gran pared elevadiza de mármol.

—¿Y una vez en la sala? —inquirió Goriev.

—Escaparemos. Tengo un plan que espero no fallará, pero aun en ese caso quizá destruiríamos muchas instalaciones de los yaminitas y Dublín y Londres se salvarían. —Se encaró con A va—. ¿Has traído los explosivos?

—Sí, he traído cuatro cargas. —Se las entregó—. ¿Serán suficientes?

—Si es tan efectiva como dices, sí.

—¿Y qué haremos con ellos?

—Ling, dale una bolsa de plástico ¿ Goriev. Vas a fabricar una bomba de tiempo con tu reloj.

— A partir del momento de conexión, ¿cuándo deberá explotar?

Goriev tomó entre sus manos el explosivo y dijo:

—He trabajado con otros similares. Será arriesgado, pero creo que podré fabricar la bomba de tiempo. Esperemos que luego sirva de algo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Ling.

—Nada —le espetó Sherman—. Siéntate junto al profesor y no molestes.

—Desagladecidos, después de que me he aliesgado pol mil cochinos dólales.

Se sentó junto al profesor que seguía escribiendo en una hoja de su bloc. Se rascó la cabeza y pensó que aquellos garabatos no los entendía ni su bisabuelo, que había sido chino.

Ava y Sherman quedaron atentos al trabajo de Goriev,

ayudándole en cuanto hacía.

Era algo tan difícil como una operación quirúrgica, pero de peores consecuencias. Al más mínimo fallo volarían todos hechos pedazos a causa del alto poder explosivo de aquel plástico.

Los minutos transcurrieron y Goriev sudó como jamás lo hiciera. Ava fue enjugándole con una toalla y Sherman proporcionándole cuanto necesitaba.

—Al fin, terminada.

—Esperemos que no falle —suspiró Sherman.

—¿Y dónde ha de estallar el explosivo? No perjudicará a papá, ¿verdad?

—El explosivo no, por supuesto, pero hemos de escapar de aquí cuanto antes. Liverpool ha sido arrasada y dentro de unas horas, si no conseguimos escapar y destruir parte de la instalación, le seguirán Dublín y luego Londres. Al final, la vacuna someterá a esclavitud perpetua al resto de nuestros congéneres.

—¿Y en qué momento comenzaremos la fuga? —preguntó Ava.

—Ahora mismo. ¡Ling!

El chino, que había permanecido todo el tiempo tras ellos, guardó algo en uno de sus bolsillos y se levantó para acercarse a Sherman.

—¿Qué, honolable jefe?

—Recoge las bolsas de plástico. Nos vamos de inmediato.

—¿Tan pronto? —inquirió Ava.

—¿No estabas deseando escapar de aquí, salvarte de caer en la locura?

—Sí, pero papá...

Se volvió hacia el hombre que seguía sentado haciendo ecuaciones en su bloc de notas. Al parecer no la escuchaba.

—Parece, y siento decirlo, que usted no sea su hija —opinó Goriev—. No tiene sentimientos.

Ava se acercó a su padre. Trató de encontrarse con sus ojos y, al enfrentarse ambos rostros, no pudo ver nada en ellos. El profesor preguntó:

—¿Cuándo estarán listas las fichas perforadas?

—En seguida, papá, en seguida.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas femeninas. Era obvio que su padre no la reconocía como hija, que no se enteraba de lo

que ocurría en derredor. Sólo se enteraba de lo que fuera trabajo, para eso habían programado su mente los malditos yaminitas.

Sherman la asió por los hombros y la apartó del profesor. Ella tembló y se refugió sollozante en los brazos del norteamericano. Aquél era un momento decisivo para ella.

—Debes ser fuerte, Ava.

—Si ha de ser ahora, no perdamos tiempo —apremió Goriev.

Sherman la apartó de sí con suavidad y dijo:

—Si lo conseguimos, nuestros ejércitos invadirán estas galerías y liberarán a tu padre y a los que están como él. Posiblemente, en un buen sanatorio...

Ella se secó las lágrimas. Haciendo un gran esfuerzo pidió:

—Marchemos ya.

Sherman, armado del fusil láser, fue el primero en salir. Le siguieron Goriev y Ling cargados con cuanto había pedido.

Con la tranquilidad de que los trabajadores y científicos no repararían en ellos, absortos como estaban en sus labores y pensando que únicamente los yaminitas podían descubrirlos y cortarles el paso, se filtraron entre las computadoras.

—Por aquí —señaló A va que conocía bien el camino para llegar hasta las tuberías que proporcionaban el aire a las galerías.

Pasaron al cuarto del aire donde cuatro enormes aspiradores succionaban el aire de las grandes tuberías.

Goriev cerró el cuarto y Ava quitó las palancas trifásicas de los motores. Estos se detuvieron cuando apareció un hombre, un hombre de su propia raza.

—Eh,¿quéhacen?Losventiladoresdebenfuncionar.

— Lo siento, compadre.

Sherman le golpeó con la culata del láser en el mentón para quitarle el sentido únicamente. Luego, pasó a los ventiladores. Quitó uno de los cierres y tiró de las aspas que se apartaron de la gran tubería.

—Hay que meterse dentro para salir a la gran sala de la hija de Yamin —ordenó Sherman, agregando—: Hay que tapar las tuberías.

—No hay forma —indicó Ava.

Sherman miró la puerta de acero del cuarto de control que se abría hacia dentro. Era muy recia y estaba encajada en la pared.

—Creo que resistirá.

—¿El qué? —preguntó Goriev.

—Pronto lo sabrás. Primero hay que sacar el cuerpo deese hombre y dejarlo en un lugar donde no sea descubierto en seguida. Después, cerraremos la puerta de acero desde dentro. ¿Entendido?

Los demás del grupo asintieron con la cabeza.

Goriev se encargó de sacar al inconsciente técnico y lo dejó tras una pesada maquinaria, cubriéndolo con unas virutas de acero. Regresó al cuarto de control del aire respirable y cerró por dentro.

—¿Está bien así, Sherman?

-Si colocamos algo pesado y grande atrancando la puerta, mucho mejor.

Ling ayudó a Goriev y entre ambos atrancaron la puerta. Ahora iba a ser tan difícil abrirla desde dentro como desde el exterior.

Sherman se introdujo en una de las tuberías que tendría unos tres pies de diámetro. Reptando, avanzó por ella con el fusil láser por delante, secundado por Ava, Ling y Goriev con su carga mortífera en la mano.

Al fin, Cy Sherman llegó a la reja que daba a una de las paredes de la gran sala del trono de la hija de Yamin donde colgaba el enorme sol de oro.

Podía escucharse el ruido de las aguas del caudaloso río que aparecía a su izquierda internándose por el lado derecho enfuertecorriente,comoapresióndentrodelaroca.

CAPITULO XI

Através delareja, Sherman escrutólaenorme sala.

Descubrió a dos centinelas yaminitas con fusiles idénticos al que él portaba.

—Hay vigilantes, ¿verdad?

A la pregunta de Ava, el norteamericano respondió en voz baja:

—Sí, pero, nos libraremos de ellos antes de que puedan darse cuenta.

Introdujo el cañón del fusil a través de las rejas y apuntó hacia uno de los guardianes.

Jaló el gatillo y el rayo de la muerte brotó del cañón, alcanzando de lleno al primero de los yaminitas, fundiéndolo materialmente.

A continuación, sin dar tiempo a su compañero para que reaccionara, barrió a éste también enviándolos a la morada de sus antepasados. La rapidez y la sorpresa eran imprescindibles, pues una llamada telepática de socorro habría sido funesta en aquellos instantes.

—Ya han caído. Retroceded un poco.

Reptando, recularon en la tubería de absorción de aire.

Sherman apuntó con el láser a las rejas y éstas se fundieron con un largo y calculado disparo. Poco después, un puñetazo envió los hierros al otro lado. Sherman fue el primero en pasar a la sala de Yamin.

Cuando los cuatro estuvieron en la nave, Goriev preguntó:

—Y ahora, ¿qué?

—Vamos a salir por arriba. —Señaló la bóveda que porlo alta se hacía oscura e invisible a sus ojos—. Allá arriba, sin lugar a dudas, existe una salida por la que penetra el aire puro que han respirado los yaminitas por millares de siglos.

—Imposible —denegó Ava—. Jamás nadie ha logrado subir hasta allí y menos vamos a conseguirlo nosotros.

—Sí, recuerdo lo que me contaste de las paredes viscosas por la humedad y cierto tipo de hongos microscópicos. Por lo visto, a los yaminitas no se les ocurrió en ningún momento una idea como la mía.

—¿Y cuál es tu idea? Suéltala de una condenada vez —apremió

el soviético estirando nervioso de las largas guías de su bigote.

—Bien, vamos a subir a lo alto y si arriba no existe la escapatoria que imagino, moriremos sin remedio. ¿Estáis de acuerdo?

—Yo no estalconfolme con molil.

—Entonces, lárgate. Cuando vean que han muerto dos de los suyos tú serás el próximo.

El chino tragó saliva.

—Ling subil y deseal suelte a honolable jefe.

—Yo estoy dispuesta. Vivir aquí abajo es morir lentamente. Si ha de ser ahora, que sea rápido.

—Siempre hay que dejar una baza a la suerte —aceptó Goriev—. Esta vez no iba a ser menos.

—Ling y tú, Ava, coged las bolsas de plástico e hinchadlas "bien de aire. Cerrar las aberturas con cuerdas para que no escape el aire.

—No creo que el aire normal nos haga elevar como si fuéramos globos —gruñó el soviético.

—Por supuesto que no, Goriev, no es helio, pero servirá, ya lo verás. Ahora, acércate conmigo al río y conecta el detonador de nuestra bomba.

—¿Ya?

—Sí, éste es el instante preciso y ha de ser rápidamente. En cualquier momento puede darse la alarma y si la gran puerta de mármol se abre, estaremos perdidos.

Goriev conectó el explosivo de tiempo y cerró la bolsa de plástico. Después, entregó el paquete a Sherman.

El norteamericano arrojó la bolsa al centro del caudaloso río y la fuerte corriente lo arrastró hacia el interior de la galería por donde desaparecía, tragado por la roca.

—Esperemos que tu mecanismo no falle.

—¿Vas a reventar el río? —preguntó Goriev.

—Sí, ése es mi propósito, cortar su camino. Ahora, ayudemos rápido a inflar bolsas de plástico.

Había ya varios sacos hinchados y bien atados. Goriev y Sherman hincharon el resto y los cuatro pulmones quedaron cansados.

Después, con las cuerdas, sujetaron todas las bolsas de plástico entre sí, formando un gran colchón.

—Esto pareceunabalsa deplástico —observó Goriev.

De pronto, se escuchó un ruido sordo, lejano.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó A va.

—Si mi plan no falla, el explosivo habrá reventado las galerías por donde discurre el río, provocando un gran desprendimiento de rocas que cortará su curso.

—Ya entiendo. El agua se desbordará al no hallar camino y esta sala se inundará.

—Exacto, Goriev, ése es mi plan. Ahora, todos arriba sobre las bolsas hinchadas.

—¡Diablos, es fabuloso! —aplaudió Goriev.

—Me gustalíacogelpiedlas del tlono y…

Sherman cortó:

—Ni lo pienses, Ling. Hay un campo de fuerza que protege el trono y el sol. Todo quedará aquí bajo las aguas.

A va,yasubidasobrelaimprovisadabalsa,observó.

—Toda la plantación de hongos que sirve de alimento a los yaminitas va a destruirse.

Una baza más a nuestro favor. Esos hijos de las tinieblas van a tener muchos problemas.

El río había salido ya de su cauce y la sala comenzaba a inundarse. Toda el agua que traía consigo iba vertiéndose en la gran nave, cuyo piso fue inundándose lentamente.

—Pero, si hay campos de fuerza vamos a quedar electrocutados —dijo Goriev, preocupado.

—No nos pasará nada si permanecemos aislados sobre lasbolsas. Sería distinto si estuviéramos nadando. Luego, cuando todo salte echando chispas, ya no habrá electricidad peligrosa para nosotros. En la inundación se inutilizará toda la sala y el control de mandos. La hija de Yamin no podrá ya volar Dublín ni Londres desde su trono que quedará sumergido. Van a tener muchas cosas en que pensar antes de dedicarse a arrasar ciudades. Mientras, el mundo de la superficie, se habrá puesto en guardia. Esos seres no son imbéciles y sabemos dónde guardan la flota de platíbolos.

—En el monte Ararat —indicó Goriev.

La improvisada balsa de plástico comenzó a balancearse al subir el nivel del agua.

De pronto, saltaron chispas del campo de fuerza que circundaba

el trono. Se dio la alarma y unas luces rojas se encendieron con intermitencia mientras un prolongado y agudo silbido taladraba sus tímpanos.

—Mile, honolable jefe, la glan puelta de málmol se está levantando y van a apalecel los hijos de las tinieblas como usted los llama.

Sherman, inquieto, mientras la balsa se elevaba paulatinamente, apuntó hacia la puerta tras la cual estaban preparados con sus armas una cincuentena de yaminitas. Mas éstos, al ver como el agua escapaba violentamente por debajo de la puerta, se asustaron y dieron orden de bajarla inmediatamente pues ignoraban hasta qué punto estaba inundada la sala.

—Magnífico —dijo Goriev—. Han preferido cerrar antes de ser arrollados por el agua y seguimos elevándonos. Nunca pensé que un imperialista pudiera tener una idea tan genial.

A va observó:

—Ahora comprendo por qué has atrancado la puerta del cuarto del aire, para que el agua no escapara al hacer presión.

—Sí, esperemos que resista. La verdad es que siendo de acero no hay mucho cuidado y ya se preocuparán los yaminitas de que no escape el agua por allí. De lo contrario, se les va a inundar todo y pocos se salvarían.

—Ymipadremoriríaentreellos—selamentóAva.

Sherman la estrechó con su zurda mientras la balsa continuaba la ascensión empujada por el agua que iba llenando la gran sala.

Pese a lo caudaloso del rio, tres horas largas tuvieron que transcurrir hasta que llegaron a la bóveda, un techo subterráneo que nadie antes que ellos había alcanzado a ver.

—Enfocad las linternas hacia las paredes. Hay que encontrar la galería de entrada de aire.

—Yo noto el aire fresco —dijo Goriev.

—¡Allí! —señaló Ava cuando la linterna iluminó la pared.

El aire entraba con fuerza. No cabía duda, aquélla era la entrada o salida, según se mirara.

—Hay que acercar la balsa, rápido, y después habrá que correr por la galería antes de que el agua nos dé alcance.

Utilizando las manos como remos, hicieron avanzar la balsa hacia la galería. Saltaron de ella y echaron a correr por el interior

de la galería, ya que ésta era de dimensiones suficientemente grandes como para permitirles correr amparados por sus linternas.

Sin embargo, el agua había llegado también a la galería y seguía tras ellos lamiéndoles los pies, amenazándolos con inundar la galería y ahogarlos.

—¡Luz. luz! —gritó Ling—. ¡Ya estamos afuela, ya estamos afuela!

Desesperadamente, corrieron hacia el exterior. El aire era puro y muy frío. Al fin, quedaron en el exterior y salvos.

—¿Dónde estaremos? —preguntó Goriev jadeante.

—¿Y qué importa eso ahora? —dijo Sherman—. Lo importante es que hemos escapado y que el sol, nuestro querido Sol, baña nuestros cuerpos.

—Falta una cosa, honolable jefe.

—¿El qué, Ling?

—El profesol me ha dado una hoja mientlas ustedes fablicaban la bomba.

—¿Mi padre? —se asombró Ava.

—Me ha dicho que se la entlegala a usted cuando violarnos el Sol.

—¿Y qué dice? —preguntó Goriev, interesado.

—Ling no entendel nada de nada.

Temblorosa, Ava Foster tomó aquella hoja en la que habían dibujados unos extraños signos.

—Sí, es de papá. Es una taquigrafía que siempre hemos utilizado ambos.

—¿Algo importante? —inquirió Sherman—. Si te ha dejado un mensaje quiere decir que su mente no está perdida totalmente.

De pronto, Ava estalló en sollozos. Entrecortadamente explicó:

—Me desea felicidad y me comunica que a las cinco horas de haber abandonado las galerías subterráneas, él, por mediación de la computadora central, activará el grupo de bombas de hidrógeno almacenadas. Todo el complejo atómico y fabril subterráneo estallará exterminando a los yaminitas y, por supuesto, a él mismo y a los que como él han sido esclavizados. Pide perdón a Dios por lo que se ve obligado a- hacer y nos desea suerte. Añade que su mente está muy dañada, pero no totalmente y en más de una ocasión ha pensado en hacer estallar las bombas. Sólo mi presencia en las

galerías le impedía llevar a cabo su plan.

—Tu padre es un valiente, Ava. Se sacrifica a sí mismo para eliminar al peor enemigo con que se ha topado nuestra civilización.

—Será mejor que corramos —advirtió Goriev—. Si las bombas estallan, se van a producir seísmos. Recuerden el arrasamiento de Liverpool.

Goriev fue el primero en correr por la pradera que luego resultó territorio suizo.

Ling le siguió y Ava y Sherman, cogidos de la mano, los imitaron. Les faltaba el aliento, pero seguían corriendo. Dentro de breves instantes, el mundo yaminita sería exterminado, inclusive sus desgraciados esclavos.

La tierra tembló bajo sus pies y los cuatro continuaron corriendo. Escucharon un ruido ensordecedor y al mirar hacia atrás descubrieron un gran chorro de agua elevándose hacia el cielo. Toda el agua de la cueva, impulsada por la explosión de los ingenios nucleares, había sido lanzada con fuerza.

El suelo siguió temblando y al fin cayeron sobre la hierba, rodando de un lado a otro. Semejó que la tierra iba a engullirlos, pero luego sobrevino la quietud, una extraña y gran quietud.

Ava Foster abrió los ojos y se encontró abrazada a Cy Sherman, que la besó suavemente. Luego, ambos quedaron boca arriba. El Sol seguía en su sitio, la Tierra continuaba rodando, un gran futuro se abría de nuevo para la humanidad.

Unos días más tarde se enterarían del hallazgo del cadáver de un montañero armenio en la cresta del Ararat, un volcán extinto en cuyo interior había nacido un lago similar al Titicaca en Sudamérica, un lago que encerraba celoso unos platíbolos voladores que jamás volverían a turbar la paz de la Tierra con su presencia.

—Honolable jefe...

Sherman giró la cabeza sin dejar de estrechar a Ava, que parecía sentirse muy a gusto junto a él.

—¿Qué, Ling?

—Me debe mil dólalesextlas, no vaya a olvidalse.

Cy Sherman se sonrió y Ava le cerró la boca con la suya.

Mientras, Goriev, con las manos en los bolsillos, quedaba encarado con el Sol preguntándose perplejo:

«¿Y cómo digo yo ahora en Moscú que creo en Dios?»

FI N